



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

TRABAJO DE FIN DE GRADO
GRADO EN CIENCIA POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
FACULTAD DE DERECHO

***EL CONCEPTO DE NACIÓN EN LAS
TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS DE LA
DEMOCRACIA***

Por

Pablo T. Rodríguez Alonso

Dirigido por

Iván Llamazares Valduviego

Salamanca, 2021

TRABAJO FIN DE GRADO

GRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS

Departamento De Derecho Público General

Ciencias Políticas

EL CONCEPTO DE NACIÓN EN LAS TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS DE LA DEMOCRACIA

THE CONCEPT OF NATION IN THE CONTEMPORARY THEORIES OF DEMOCRACY

Nombre del estudiante: Pablo T. Rodríguez Alonso

Correo electrónico: pabloдрal@usal.es

Tutor: Iván Llamazares Valduviego

Al trabajo y al esfuerzo de mis padres.

Les debo todas mis oportunidades.

RESUMEN

Nación e identidad nacional constituyen, sin ningún género de dudas, dos conceptos de gran complejidad normativa para la Teoría Política de la democracia, dificultad que se ve aumentada, además, por el formidable impacto que ambas nociones han tenido y tienen en la construcción histórica de los sistemas políticos actuales.

De hecho, en relación con estos, cabe señalar que las sociedades contemporáneas poseen un componente común: su multiculturalismo. Las democracias occidentales de hoy presentan, cada vez con mayor evidencia, comunidades de inmigrantes y, en especial, minorías nacionales que disputan y cuestionan las mecánicas y realidades de los Estado – nación tradicionales problematizando con ello la cuestión de cómo dar cabida en las dinámicas políticas de aquellos a la diversidad que, empíricamente, es posible encontrar en su seno.

Es aquí donde surgen los debates planteados en la Teoría Política contemporánea por parte del nacionalismo liberal y las concepciones pluralistas de la nación, cuyo objetivo no es sino integrar a esta con los principios de libertad y pluralismo inherentes de la democracia actual.

PALABRAS CLAVE: Nación, identidad, democracia, pluralismo, comunidades, nacionalismo

ABSTRACT

Nation and national identity undoubtedly constitute two concepts of great normative complexity for the political theory of democracy, a difficulty that is further increased by the formidable impact that both notions have had, and continue to have, on the historical construction of current political systems.

In fact, in this regard, it should be noted that contemporary societies have a common component: their multiculturalism. Today's Western democracies present, with increasing evidence, immigrant communities and, especially, national minorities that dispute and question the mechanics and realities of traditional nation-states, thereby problematizing the question of how to accommodate the diversity that, empirically, it is possible to find within them in their political dynamics.

It is here where the debates raised in contemporary political theory by liberal nationalism and pluralist conceptions of the nation arise, whose objective is no other than to integrate the latter with the principles of freedom and pluralism inherent in today's democracy.

KEYWORDS: Nation, identity, democracy, pluralism, pluralism, communities, nationalism

ÍNDICE

Introducción	6
Perspectiva general. Visión panorámica del fenómeno nacional.....	7
Nación e identidad. Examen liberal – democrático de dos conceptos poliédricos.	13
La estandarización democrática de la nación. La nación como comunidad ética.	32
La estandarización democrática de la nación. La nación como contexto común de decisión.	35
La estandarización democrática de la nación. La nación como espacio público.	38
Redefinición de la nación como comunidad política plural y proceso <i>in fieri</i> . Aportación de Ramón Máiz.....	40
Conclusiones	44
Anexos.....	50
Bibliografía	51

Introducción

Las sociedades democráticas actuales comparten, de manera generalizada, un rasgo en común: su multiculturalismo. Hoy, las relaciones entre minorías y mayorías, las demandas de autonomía de las primeras y la conciliación de conceptos como pluralismo, diversidad, comunidad, homogeneidad y heterogeneidad definen el debate político en virtud de la integración de todas ellas en el espacio público democrático, señalando de manera evidente la definición del *demos/demoi* de las comunidades humanas contemporáneas como cuestión fundamental para comprenderlas con acierto.

En este sentido, la identidad nacional – cultural, y en último término, la nación, se erigen como elementos explicativos tan fundamentales como necesarios en las dinámicas pluralistas de la concepción moderna de la democracia. Sin embargo, resulta fácilmente constatable que la mayor parte de la literatura de aproximación teórica y científica a la nación se ha construido sobre un concepto tan complejo como el de autodeterminación y entorno a un principio tan categórico como el de las nacionalidades que, además, ha imperado tradicionalmente en la praxis. De hecho, en esta línea, desde el liberalismo, el socialismo y las restantes grandes tradiciones ideológicas, en los análisis sobre la cuestión nacional se ha partido tradicionalmente de la concepción del Estado – nación, correspondiente al principio por el cual un Estado debe comprender una única nación, y, en consecuencia, cada nación debe tener por objetivo último la consecución de un Estado propio.

Sin embargo, no son escasas las dificultades y problemas que tal principio plantea, por ejemplo, en aquellos lugares donde conviven diferentes minorías étnicas, religiosas, culturales o lingüísticas, zonas mixtas donde la afirmación de la identidad propia y las demandas de cada nacionalidad en particular puede dejar paso a reivindicaciones territoriales que, mediante la redefinición de las fronteras no busquen más que la redistribución del poder político. Cuando la afirmación nacionalista parte de un monismo esencialista tal, la escalada de la tensión es un hecho y la aparición de rencores y odios mutuos cuestión de tiempo. Se recuerdan viejos desagrazos y se exaltan los logros propios, y, como si de una reacción encadenada se tratase, cada uno de los grupos se siente apremiado frente a la amenaza que suponen los restantes.

En la actualidad, resulta posible trasladar dicha cuestión a los sistemas liberal – democráticos en cuyo seno se manifiesta la existencia de diversas minorías nacionales o culturales, constituyendo su coexistencia virtuosa un verdadero reto para la propia democracia de los mismos. En relación con tal coexistencia, en los últimos años se ha formalizado un sólido debate teórico al respecto del denominado nacionalismo liberal y concepciones pluralistas de la nación, que pretenden definir la integración de aquella con los valores liberales y plurales propios de la concepción moderna de la democracia y demostrar con ello que tales ideas (nacionalismo y democracia, nación y libertad) no solo no son incompatibles sino, por el contrario, incluso complementarias.

No obstante, esto plantea a su vez numerosos interrogantes, de entre los que destacan los dos siguientes: ¿qué papel corresponde a la nación y a la cultura en la construcción y dinámicas del sistema democrático? y, en especial, ¿en qué medida afecta y puede la multiculturalidad constituir un activo para el funcionamiento de la democracia liberal?

Perspectiva general. Visión panorámica del fenómeno nacional.

Un análisis integral del fenómeno nacional supone, en términos académicos, una tarea inagotable. Ciertamente, desde su primera aparición como doctrina¹ el nacionalismo ha sido, indudablemente, un fenómeno en auge. Su alcance ha sido mundial y sus implicaciones han contribuido a conformar, en mayor o menor medida, los sistemas políticos contemporáneos.

Tanto es así que la perspectiva permite afirmar que no resulta posible comprender las dinámicas políticas posteriores al siglo XVIII sin considerar también los múltiples y muy diferentes procesos de formación de identidades colectivas, su reconocimiento y sus luchas por la independencia o por la autonomía que han tenido lugar en todo el globo.

Es por ello que el objetivo de este primer epígrafe no es otro que el de esclarecer algunos de los pilares esenciales para lograr un adecuado acercamiento a la cuestión de las nacionalidades e identidades nacional – culturales en las sociedades actuales, el cual exige asumir con anterioridad determinadas circunstancias y cuestiones previas.

En primer lugar, desde una perspectiva histórica, las distintas configuraciones de las identidades nacionales han readquirido un protagonismo notable desde la inauguración de la nueva etapa histórica que en la noche del 9 de noviembre de 1989 simbolizó la caída del Muro de Berlín. En palabras de David Miller *“las afirmaciones de nacionalidad han dominado la política en la última década del s. XX. En tanto la disputa ideológica entre comunismo y capitalismo se aplacó con el colapso de la Unión Soviética, las cuestiones relativas a la identidad y a la autodeterminación nacional pasaron a primer plano. Importa menos (...) si el Estado acoge el libre mercado o la economía planificada, o cualquier posibilidad entre ambos. Importa más dónde se dibujan los contornos del Estado, quién es incluido y quién es excluido, qué idioma se usa (...) qué cultura se fomenta”*².

Así las cosas, parece ser un hecho difícilmente negable que el sesgo materialista del pensamiento teórico occidental novecentista (y, en cierto modo también del decimonónico) parece superado en el contexto del siglo XXI, o sino superado, al menos sí eclipsado por un debate ideacional subyacente hasta entonces al clivaje material: el clivaje nacional – cultural. Como rara vez hasta entonces, en la actualidad el debate político – teórico se encuentra atravesado longitudinalmente por un clivaje hasta ahora subsidiario, con puntuales (y extraordinarias) demostraciones de su importancia, pero relegado a un segundo plano que lo hacía indudablemente seguidor del eje material. Hoy, el debate político innova transitoriamente con la inversión de ambos ejes y la realidad actual apunta a que la Historia tras el término de la historia no vendrá dominada por *“el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de las demandas de los consumidores”*³ sino que parece continuar – entre otros – por la redefinición de desafíos que los fenómenos nacionales pueden plantear a las democracias liberales.

Haciendo valer la verdad, Fukuyama sí apunta el nacionalismo como potencial contradicción al liberalismo, pero otorga únicamente la capacidad cualitativa de disputarlo teóricamente a aquellos fenómenos nacionales sistemáticamente organizados, excepcionales en el momento de redacción de su ensayo entre muchos otros que abogaban por una *“tibia nostalgia cultural”*.

¹ KEDOURIE, E. *Nacionalismo*, Alianza Editorial, 4ª Edición, Madrid

² MILLER, D. *On Nationality*, Clarendon Press, Oxford, 1995

³ FUKUYAMA, F. *El fin de la historia*, The National Interest, Verano 1988

En este sentido, el carácter no irreconciliable de las demandas identitarias con la articulación jurídica e institucional de los sistemas políticos liberales sirvió para justificar en los inicios de la década de los noventa el término último del desarrollo ideológico humano, cuyas excepciones resultaban tan anecdóticas que no merecían intimidar tal conclusión.

Así, la ausencia de modelos alternativos (fascismo y comunismo) capaces de disputar el modelo teórico liberal constituiría en última instancia la circunstancia que ratifica el fin dialéctico de la Historia. No obstante, la experiencia reciente ha señalado la minusvaloración de la nación como elemento disruptivo del orden liberal como error fatal de esta concepción. En este sentido, aislar a los sistemas liberal – democráticos de posibles convulsiones nacionales (presentes o futuras) implica subsiguientemente obligarlos a desconocer una de sus hipotéticas fuentes predominantes de conflicto y, a su vez, también una de las causas motrices de sus dinámicas.

Es sostenible argumentar que en las últimas décadas, los procesos conformadores/afirmadores de comunidades/identidades nacionales, su homogeneidad o su diversidad y la articulación (o no) jurídico – política del pluralismo han constituido reacciones de calado no menor a la estabilidad liberal. En el plano occidental, hoy, lo nacional domina el concepto de lo político.

En consecuencia con ello, para una adecuada comprensión del fenómeno que aquí nos ocupa y en virtud de un riguroso análisis del mismo es necesario detenerse en dos ideas cardinales en relación con este de las que, a lo largo de su trayectoria intelectual, Isaiah Berlin se hizo eco.

La primera de estas tesis consistía en considerar al nacionalismo como *“la más poderosa y quizás la más destructiva fuerza de nuestro tiempo”*, motivo que le llevó también a constatar que *“ningún movimiento que no se haya aliado con el nacionalismo ha tenido éxito en los tiempos modernos”* y que, de hecho *“todos los movimientos que han desafiado al nacionalismo han sido derrotados (...) o muy debilitados”*⁴. Con tales palabras Berlin puso de manifiesto, todavía en plena Guerra Fría, las aptitudes movilizadoras de la identidad nacional y su capacidad de influencia en la realidad política y, al proceder a la identificación de la nación como el más eficaz de los dispositivos de autoidentificación del ser humano derivados de su vida en sociedad, resaltó que en cualquiera de sus formas (más o menos sistematizada o exaltada) la identidad nacional superaba cualitativamente a otras identidades (de clase, de partido, de género, etc.) y, a su vez, la aceptaba como una realidad ineludible de la política moderna y contemporánea.

La segunda, y más interesante, de estas tesis consistía en señalar que, especialmente en sus inicios dieciochescos y decimonónicos – aunque también en la actualidad – el nacionalismo y el ensalzamiento de la identidad nacional fue un fenómeno profundamente infravalorado, sobre todo desde una perspectiva teórica. No deja de ser llamativo que en el siglo de la resistencia española a la invasión francesa, de las independencias latinoamericanas, de la unificación alemana e italiana o de la independencia griega y en una época, dice Berlin, de verdaderos pensadores e intelectuales proféticos que *“escrutaban el futuro con telescopios”*⁵ tales como Rousseau, Saint – Simon, Marx o Bakunin, ninguno de ellos lograra anticipar la sustancial trascendencia que los procesos de formación y autoafirmación de las identidades nacionales tendrían en los tiempos que les sucederían, o lo que es lo mismo, que ninguno considerase el nacionalismo desde una perspectiva diferente a la de su declive.

⁴ BERLIN, I. *Apuntes sobre el nacionalismo*, 1964, en Isaiah Berlin. *Sobre el nacionalismo. Textos escogidos*, Página Indómita, Barcelona, 2019

⁵ Ibid.

Dio este lugar a una doble paradoja en relación al fenómeno nacionalista, en primer lugar porque la trascendencia del mismo se hizo invisible a la mayoría de los grandes pensadores del siglo XIX, y en segundo lugar porque ello provocó que los herederos intelectuales de estos minimizaran las circunstancias derivadas de la cuestión nacional. Paradigma evidente de esta situación son los teóricos liberales y los primeros socialistas, quienes prestaron escasa atención al nacionalismo al considerarlo signo de inmadurez, reliquia irracional de un pasado bárbaro, o una regresión a dicho pasado o, en particular los segundos, un subproducto de la distribución de las fuerzas productivas, constitutivo de otra forma de alienación de la clase obrera en la sociedad capitalista que desaparecería con el advenimiento de la sociedad comunista.

Como hemos visto, similar minusvaloración fue abanderada también en el debate intelectual articulado ante la perspectiva futura del mundo postsoviético, pues desde las universidades de todas partes del mundo comenzó a pensarse en una concepción cosmopolita de la democracia que trascendía – y consecuentemente minimizaba – las identidades nacionales. En esta línea, resulta especialmente ilustrativa la denominación acuñada por Saskia Sassen cuando se refiere a “*ciudadanías postnacionales y desnacionalizadas*”⁶ en el ámbito del mundo global ante la inicial construcción del orden mundial neoliberal a finales del último siglo.

Una calificación de tal calibre pretende claramente situar la ciudadanía fuera de las fronteras del Estado – nación y hace radicar las percepciones de colectividad igualmente fuera del mismo, haciendo a la propia nación prácticamente innecesaria en términos de identidad. Cabe señalar que una afirmación tan intrépida únicamente puede enmarcarse en el contexto internacional de la globalización como fenómeno continente de la consolidación de entidades supranacionales, del debilitamiento de la soberanía de los Estados – nación, de la interdependencia económica global y la desaparición de la competición geopolítica bipolar.

No en vano son estos precisamente los rasgos característicos del orden neoliberal globalizado creado en la década de 1990 y a cuyo fracaso no obstante se debe la readquisición de protagonismo de la identidad nacional en el panorama político actual. De tal modo, este orden neoliberal internacional se caracteriza así por el liderazgo unipolar del sistema político liberal estadounidense, la promoción de la extensión de la democracia liberal como régimen político y la interdependencia económica en un sistema de capitalismo global; y su descalabro se debe precisamente, según Mearsheimer⁷, a la incapacidad americana de comprender que de la competición entre liberalismo y nacionalismo resulta siempre vencedor el segundo.

En este sentido, la sucesión interminable de conflictos bélicos que exigieron complejos proyectos de ingeniería política y constitucional cuya tutorización resultó impracticable desde Washington D.C. y sus efectos tanto en las relaciones internacionales con otros Estados como en términos migratorios, la integración de China y los países subdesarrollados en la globalización económica, la deslocalización empresarial subsiguiente y el empobrecimiento de las clases medias occidentales posterior, dibujó un panorama en que resulta sencillo encontrar la razón del retorno de la nación al primer plano del debate público. En palabras de Judis⁸ “*conjuntamente, estos acontecimientos (...) crearon nuevos miedos y resentimientos (...) y reavivaron sentimientos nacionalistas (...) que se habían mantenido latentes*”

⁶ SASSEN, S. *Towards Post – National and Denationalized Citizenship*, University of Columbia, 2002

⁷ MEARSHEIMER, J. *The Great Delusion. Liberal dreams and international realities*, Henry L. Stimson Lectures, 2018

⁸ JUDIS, J. *The nationalist revival. Trade, immigration and the revolt against globalization*, Columbia Global Reports, 2018

De tal forma, lo relatado en los párrafos anteriores viene a exponer la relevancia actual de las identidades nacionales, argumento que se cierra en cuanto es posible corroborar la proliferación de alternativas políticas y partidistas que responden al aprovechamiento electoral de esta circunstancia. Donald Trump en Estados Unidos o la aparición de partidos nacional – populistas en Italia, Francia, Países Bajos, Austria o incluso Alemania no son causa sino síntoma de una sociedad internacional en que la identidad nacional sí desafía la supuesta estabilidad liberal.

La globalización se demuestra así como el fenómeno detonador de una reafirmación de las identidades mayoritarias, que además contraviene el análisis de los movimientos nacionalistas tradicional a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, centrado en la atención en las minorías y no en la reacción de las mayorías a las acciones de estas. Aquí, quizás las elecciones estadounidenses de 2016 permitan observar con claridad esta visión tóxica de la nacionalidad, en la medida en que demuestran la respuesta de la mayoría blanca y anglosajona a la hipotética disolución de la identidad americana amenazada por la inmigración y la multiculturalidad.

Así, dentro de esta lógica, las demandas – igualmente identitarias en muchos casos – de grupos tradicionalmente discriminados (colectivos LGTBI, mujeres, nativos o indígenas, personas racializadas, etc.) y/o económicamente castigados constituyen conjuntamente el elemento desencadenante de la radicalización de la identidad mayoritaria y el rechazo de aquellas opciones políticas que impulsan o acogen las reivindicaciones de los grupos minoritarios.

Esta actitud agresiva de la identidad nacional, anclada en una deriva excluyente cimentada en motivos étnicos, religiosos, histórico – políticos o sociológicos en función del caso, amenaza las condiciones de posibilidad de las democracias liberales occidentales⁹ en tanto su oposición de resistencias a las pretensiones de las minorías supone la adopción de una posición cada vez más angosta que excluye a estas de la esfera pública y ofrece una visión distópica en que la identidad funciona a modo de fuerza disgregadora – y no integradora – de la dinámica sociopolítica.

Ante tal estado de cosas (y una vez se ha comprobado la capacidad empírica de la identidad nacional para condicionar el desarrollo histórico de los sistemas políticos liberal – democráticos) se plantea inexorablemente el debate de cómo convertir la lógica identitaria nacional en un instrumento que en lugar de servir para estrechar los límites de apertura de las sociedades multiculturales actuales lo haga para integrar la pluralidad nacional y cultural en un final funcionamiento virtuoso de los sistemas democráticos contemporáneos.

El debate ideacional se remite entonces a la articulación de la comunidad en la diversidad resolviendo el interrogante de la consolidación positiva de las identidades nacionales, es decir, a definir la naturaleza de la nacionalidad en las democracias actuales, de acusado e indiscutible carácter multicultural, armonizándola con las exigencias de las tradiciones liberal y republicana. No consiste, por tanto, en definir el proceso de consecución de impedimentos externos a la mera convivencia en común de identidades nacional – culturales diversas o a la conciliación de las identidades nacionales y el funcionamiento democrático, sino en la propia integración de la pluralidad de las mismas en las mecánicas intrínsecas de la democracia liberal, lo que implica, al fin, considerar la nación *“como procesos abiertos de lucha por la hegemonía en la construcción de la identidad colectiva nacional (...) desde la participación, la competición y la deliberación”*¹⁰.

⁹ Al reemplazar (recurriendo de nuevo a F. Fukuyama) el principio de la *isotomía* por el de la *megatomía*, es decir, sustituyendo el reconocimiento social como *igual* por el reconocimiento social como *superior*. (FUKUYAMA, F. *Identity. Contemporary Identity Politics and the Struggle for Recognition*, 2018)

¹⁰ MÁIZ, R. *“Nacionalismo y federalismo. Una aproximación desde la Teoría Política”*, Siglo XXI, 2018

Ahora bien, constituye este un ambicioso objetivo que en primer lugar plantea la inescapable incógnita de la definición de términos ambiguamente poliédricos (nacionalidad, cultura, etc.) y que proyecta la obligación de analizarlos desde una perspectiva sintética, es decir, analizando desde las partes hacia el todo – lo que contraviene el tradicional acercamiento académico al fenómeno nacional, que procede descomponiendo el todo hacia las partes –.

Implica esto separar la nación de un posible plano metafísico, de su percepción como entidad monolítica cimentada en la perenne agregación de características orgánicas y susceptibles de una comprensión ontológica en sus propiedades trascendentales, pero exige también su alejamiento de un tratamiento aséptico, que niegue la existencia misma de la nación y la identidad a la que da lugar o la caricature como una realidad primariamente irracional o tribal.

No contribuye a tal finalidad el hecho de que; a pesar de que las exploraciones doctrinales del nacionalismo han sido, en las últimas décadas, numerosas y muy variadas debido a la constatable evidencia del nacionalismo como fuerza vigorosa desatendida intelectualmente; a la hora de analizar la nación – en especial desde la perspectiva de la Teoría Política – sea necesario comprender previamente que toda la literatura teórico – científica que conoce del mismo se encuentra atravesada por un particular desacuerdo en lo que respecta al establecimiento y uso de conceptos, términos y categorías (ya de por sí problemáticos) estando ello motivado además de por la posible dificultad intelectual del tema objeto de estudio, por los prejuicios y el componente emocional que la adscripción nacional siempre despierta.

Esto conlleva a que en torno al estudio de la nación impere una evidentemente escasa sistematicidad que se hace patente en el hecho de que coexistan varias concepciones del concepto de nación, en los diferentes lugares en que se ha creído encontrar la génesis teórica del nacionalismo¹¹ o incluso en el hecho de que la carga subjetiva inherente a la propia palabra *nacionalismo* sea distinta en función del idioma (y consecuentemente también de las traducciones) de quien emite y quien recibe el mensaje. El propio sustantivo “nacionalismo” suscita controversias incluso como realidad etimológica en la medida en que algunos contextos se suele asociar a puro etnonacionalismo mientras que en otros se relaciona con reivindicaciones de carácter cultural y, también, en su calidad adjetivadora, debiéndose distinguir claramente entre la teoría política nacionalista y movimientos nacionalistas.

De acuerdo con ello, es posible afirmar que las diferentes teorías de la nación, si bien han logrado alcanzar conclusiones comunes, se caracterizan por su disparidad y su incapacidad de aportar una definición precisa no solo del fenómeno nacional, sino también de nación y de la mayor parte de conceptos estrechamente relacionados con ella, por ejemplo, el de cultura.

Ciertamente, el nacionalismo bien sea comprendido como doctrina, como ideología o, simplemente, como fenómeno político de autoconciencia y afirmación propia, es una realidad de compleja comprensión tanto en sí misma como en el marco de cualquiera de las grandes tradiciones teóricas de carácter global debido en gran medida a la amplia diversidad y heterogeneidad de las diferentes concepciones y movimientos a los que ha dado lugar.

¹¹ Los mejores historiadores de las ideas se han afanado en hallar la génesis teórica de los movimientos nacionalistas, llegando a encontrarla, por ejemplo, en la idea de autodeterminación del hombre de la moralidad kantiana y postkantiana, en tanto que esta es identificada por algunos de los sucesores de Kant con la de los pueblos o también en la obra de Hegel, referente del idealismo alemán y considerado precursor del nacionalismo al introducir la idea de la nación y del *Volksggeist* en su teoría del Estado.

En este sentido, es posible afirmar que la consideración integral del nacionalismo resulta problemática fundamentalmente a causa de su *pluralismo constitutivo* (E. Kedourie), es decir, con base en el hecho de que – más allá de las disquisiciones académicas relativas a su origen intelectual, al contexto necesario para su surgimiento o a las pautas a seguir para la elaboración de definiciones o tipologías adecuadas – existen nacionalismos con Estado y sin Estado; nacionalismos con demandas autonomistas o secesionistas; etnonacionalismos y nacionalismos que fundamentan sus reivindicaciones en aspectos religiosos, culturales, o meramente políticos; nacionalismos predispuestos a la violencia para alcanzar sus pretensiones o dispuestos a asumir las vías institucionales, etc. siendo esta diversidad el rasgo más sobresaliente del fenómeno.

De hecho, responde en gran medida a dicho pluralismo constitutivo la inevitabilidad de la nación en los sistemas políticos contemporáneos: la presencia del elemento nacional es un fenómeno tan sumamente multidimensional y admite tal cantidad de acepciones, que se convierte en una realidad ineluctable en las sociedades actuales. La identidad nacional existe, está ahí, y darle la espalda o negar su relevancia implica un comportamiento evitativo equivalente a suponer que la problemática que de ella se deriva desaparece al eliminar la causa del campo de visión. En palabras de Máiz *“la nación, su función identitaria, ora colectiva ora individual; la eficacia emotiva, significativa, movilizadora de su interpelación constitutiva; los estrechos vínculos que la entrelazan con la ciudadanía, la configuración territorial del poder del Estado o la génesis y control de la voluntad política (...) la ubican de modo problemático pero insoslayable en el corazón mismo de la democracia moderna (...)”*.

De esta forma, del párrafo anterior emanan dos consecuencias de ámbito político – público, en primer lugar, que resulta estéril intentar proceder a la negación de la identidad nacional como dispositivo operacional en términos democráticos para justificar su sustitución por conceptos tales como *“ciudadanías postnacionales y desnacionalizadas”*¹², *“democracia cosmopolita”*¹³ o *“patriotismo constitucional”*¹⁴ en virtud de su supuesta mejor aptitud para la conciliación con los presupuestos teóricos del liberalismo democrático y, en segundo lugar, que resulta preciso por tanto una enunciación normativa de la nación que la revele evitando su reducción a una justificación irracional o como una ominosa circunstancia a la que resignarse, sino que la explique como el proceso cimentador del *demos/demoi* de las sociedades democráticas de hoy.

En esta línea, constituye la segunda de las conclusiones la justificación de la primera, pues corresponde por tanto reinterpretar la construcción de la nación para lograr presentar el fenómeno nacional, por ejemplo, como una de las posibles vertientes determinantes del desarrollo personal de los individuos, como una comunidad ética de compartición de deberes en relación con los connacionales a modo de red de solidaridad y, en última instancia, como un espacio público de deliberación y confrontación de la propia identidad y sus valores para con ello, discriminar los criterios inconciliables de la construcción nacional, y asumir aquellos compatibles, con los principios liberales y pluralistas, evitando de este modo el error de, *“abandonar el territorio común de lo nacional, dándolo definitivamente por perdido (...), situarse en completa exterioridad a la dimensión nacional como postula el patriotismo (...) constitucional, en lugar de proceder a su decidida reformulación política, implica desatender una dimensión estratégica capital en la construcción transversal del pueblo en las democracias modernas”*¹⁵.

¹² SASSEN, S. *Towards Post – National and Denationalized Citizenship (...) Op. Cit.*

¹³ HELD, D. *Democracy and the global order*, Polity Press, Cambridge, 1995

¹⁴ HABERMAS, J. *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 198

¹⁵ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo. Una aproximación desde la Teoría Política (...) Op. Cit.*

Nación e identidad. Examen liberal – democrático de dos conceptos poliédricos.

Considerar las condiciones de posibilidad de la nación y de la identidad nacional en términos democráticos exige, primeramente, someter a un análisis conforme a tales términos a los tradicionales modelos teóricos de dichos conceptos, de forma tal que su inadecuación a los mismos justifique la reformulación normativa de los primeros en virtud de tal conciliación.

Nación e identidad son, de la misma forma, conceptos tremendamente multidimensionales y diversos en sus diferentes constituciones. De manera tradicional, la explicación de la nación se ha sometido a un doble patrón dual: por un lado, el fenómeno nacional se ha presentado desde una vertiente teórica a través de dos tradiciones principales, la francesa y la alemana, abanderada la primera de ellas del denominado nacionalismo cívico y la segunda del denominado nacionalismo étnico; por el otro, desde una perspectiva sociohistórica, el nacionalismo ha sido presentado tanto desde un paradigma modernista o, a su vez, primordialista, identificándolo como un fenómeno propiamente moderno o no en cada caso.

La tradicional dicotomía entre nación cívica y nación étnica (o también romántica) constituye ya un lugar común inescapable en el análisis del fenómeno nacional, pudiendo adquirir denominaciones parejas, como la de nacionalismo occidental y oriental de Kohn, que en realidad describen en similares términos una idéntica clasificación de comprensiones de la nación, y que sin embargo resulta profundamente insatisfactoria en términos empíricos y también teóricos – a pesar de su dilatada popularidad – tanto académica como políticamente, lo cual aporta mayor interés a la diagnosis de sus deficiencias que a su propia esencia.

En primer lugar, la caracterización de la nación cívica se resume sucintamente en la agregación de individuos que demuestran la clara voluntad de participar de la vida política común que Ernest Renan definió en su conferencia en la Sorbona – con una hartamente célebre metáfora – como *“el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común (...) la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano”*¹⁶. La convergencia de la voluntad de los hombres explica, de acuerdo con esta acepción, el surgimiento de la nación que, en consecuencia, debe su constitución al consentimiento libre de los individuos.

Esta concepción de la nación resulta a todas luces tributaria de la tradición revolucionaria francesa. Huelga abundar en la importancia histórica del que probablemente sea uno de los acontecimientos políticos más relevantes de los últimos siglos y los efectos que en la Europa del s. XVIII se derivaron de la toma de la Bastilla y la decapitación de la familia real, no obstante sí cabe señalar que en su sustancial alteración del contexto político de su época, la Revolución Francesa transformó los fundamentos de la acción y organización política y social al otorgar al pueblo la soberanía, y con ella, la capacidad de reemplazar aquellas instituciones que no ahondasen en la que es – supuestamente – la función ilustrada del Estado, a saber, lograr el máximo bienestar posible para un conjunto de ciudadanos cuya vida en común se justificaba en la garantía de dicho bienestar en virtud de su asociación.

De tal manera, la base en que se apoya el concepto cívico de nación vendría constituida, en esencia, por la unión de voluntades individuales, iguales y solidarias en una asociación libre, cimentada sobre la adhesión a los principios de un contrato social mediante el cual un conjunto de personas, asociadas en aras de una mayor felicidad, establece para sí su propio gobierno, es decir, sobre la que cimentan el Estado soberano.

¹⁶ RENAN, E. *“¿Qué es una nación?”* Conferencia dictada en la Sorbona, París, 11 de marzo de 1882

Se trata este en realidad de un concepto adelantado ya por el abate Sieyès (a pesar de que sus tesis no fueron completamente asumidas por el jacobinismo revolucionario) al entender la nación como la entidad sociopolítica derivada de unidad espontánea de una colectividad de personas que precede al Estado que el autor caracteriza como *“un cuerpo de socios que viven bajo una ley común y representada en una misma legislatura”*¹⁷ y que, además, en principio es vaciado a través de su formulación de todo contenido orgánico, ensalzando con ello su supuesto carácter exclusivamente político y civilizado, *“que no tiene nada que ver con el nacionalismo”*¹⁸.

No obstante, esta forma de comprensión de la construcción nacional nace pervertida con serias imperfecciones que demuestran su inexactitud teórica e histórica. De hecho, incluso en su texto insignia se da viva muestra de tales vicios: las remisiones de Renan a la Historia – o, más flagrante aun, *“al error histórico”* –, a las glorias nacionales y, en especial su aseveración de que *“una nación es un alma, un principio espiritual. (...) la posesión común de un rico legado de recuerdos”* parecen ensombrecer, junto con su visión del judaísmo y el Islam¹⁹, su rechazo de la raza (*“hacer reposar la política sobre el análisis etnográfico es hacerla montar sobre una quimera (...) La raza humana difiere de la zoología”*), la lengua (*“la importancia política que se atribuye a las lenguas proviene de que se las mira como signos raciales”*) y la religión (*“la religión es algo individual”*²⁰) como elementos constitutivos del fenómeno nacional.

Ahora bien, más allá de esto, la articulación de la denominada nación cívica trepida ante la realidad de que *“la versión cívica se encuentra influida, a veces incluso hipotecada, por (...) los legados históricos étnico – culturales”*²¹ y el hecho último de que *“todos los nacionalismos cívicos occidentales poseen un indeclinable componente étnico – cultural”*²² y, en este sentido, la disección del caso francés resulta especialmente ilustrativa.

Efectivamente, la tradición republicana francesa se ve eclipsada por el hecho de que la construcción de su identidad nacional es deudora de una clara raigambre católica (personalizada, por ejemplo, en la figura de Juana de Arco) articulada a través de la secular rivalidad anglo – francesa: francés/inglés; católico/protestante; lo que demuestra que, para este caso y ya de origen, la consideración dicotómica en términos antagónicos de nación cívica – nación cultural como entidades holísticas, es empíricamente errónea.

Asimismo la reverberación de dicha catolicidad en posiciones antisemitas – que se demuestran, por ejemplo, en la violencia sufrida²³ por las comunidades judías a raíz de la acusación y condena del capitán A. Dreyfus²⁴ – o islamófobas actuales – evidenciada por algunas posiciones del Rassemblement National o la polémica del velo – viene a redundar en esta demostración.

¹⁷ Citado en KEDOURIE, E. *Nacionalismo (...) Op. Cit.*

¹⁸ VIROLI, M. *“For love of Country: an essay on patriotism and nationalism”*, Oxford, Clarendon, 1995

¹⁹ Ernest Renan ha sido considerado, por numerosos autores, como un intelectual profundamente antisemita y como un verdadero racista biológico: *The Racial Motif in Renan's Attitude to Jews and Judaism*, en S. ALMOG *Antisemitism Through the Ages*, Oxford: 1988,

²⁰ RENAN, E. *¿Qué es una nación? (...) Op. Cit.*

²¹ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

²² BRUBAKER, R. *“Ethnicity withput groups”* Cambridge, Harvard University Press, 2004

²³ Los disturbios violentos contra comunidades de origen judío (Argel, Nancy, etc.) fueron habituales y, a su vez avivados por la actividad periodística de, v. gr. *La Libre Parole Le Petit Journal, La Patrie*, etc.

²⁴El escritor y periodista español, Eusebio Blasco Soler afirmaría entonces con mordaz criterio que *“el proceso Dreyfus ha venido a ser el estallido nacional (...) poniendo a Francia, al país cerebro de Europa, como ellos dicen, al nivel de los pueblos menos civilizados”* (El Liberal, 16/3/1898, *“Triste Reacción”*).

En esta línea, ambos fenómenos encubren la confección discursiva de un *otro/extranjero* homogéneo frente a un *nosotros* igualmente compacto que deja en evidencia que “*es la nación francesa lo que se siente en peligro, esto es, no la República universal sino la «identidad cultural de Francia»²⁵ (...) el velo islámico (...) pone en evidencia (...) la identidad colectiva homogénea, unitaria, centralista de la nación francesa*”²⁶.

Una identidad francesa construida, a su vez, por un proceso asimilacionista y de aculturación elaborado desde un Estado nacionalizador a partir de la Francia revolucionaria, proceso en que adquiere especial relevancia la imposición del francés como única lengua nacional, la conversión de la educación (la instrucción pública) en el principal instrumento nacionalizador y la imposición de una narrativa mítico – simbólica concreta para la consecución del uniformismo cultural.

En relación con la primera de estas dimensiones, cabe poner de relieve que la Francia del Antiguo Régimen constituía una amplísima heterogeneidad de variedades lingüísticas²⁷ de la que el francés suponía solamente una pequeña parte circunscrita de forma exclusiva a lo que hoy se conoce como Île de France y que se impuso implacablemente en virtud de una unidad idiomática construida sobre la erradicación de las restantes lenguas y dialectos – *patois* al cabo –, considerados resquicios tribales y antirrevolucionarios, que de acuerdo con el Informe Lanthenas “*sólo representan una pervivencia de la barbarie de siglos pasados, por lo que todo esfuerzo será poco para hacerlos desaparecer lo más pronto posible*”²⁸.

Papel fundamental en esa imposición correspondió al ejército y, en especial, a las escuelas, concebidas desde el momento en que el Estado asume la gestión educativa como verdaderos agentes nacionalizadores²⁹ a través de los que generalizar la lengua francesa, los valores públicos y la nueva tradición mítico – simbólica. Se trataba, en último caso, de formar a las nuevas generaciones acordes, al fin, con el “*hombre nuevo*” revolucionario.

Asimismo, precisamente la tradición mítico – simbólica francesa es tributaria, claramente, de la generalización (fundamentalmente desde la III República) del mito galo – céltico de la fundación de Francia, extendiéndose la tesis de la descendencia francesa del pueblo galo y remitiendo con ello el origen de la nación a un más que flagrante componente orgánico y, en segundo lugar, a la tradición católica como dimensión fundacional de la identidad francesa. En esta línea, las palabras de Ernest Lavisse, inspirador del *Petit Lavis*³⁰, resultan insultantemente esclarecedoras: “*en nuestro pasado más lejano hay una poesía que se debe inculcar en las almas más jóvenes para reforzar el sentimiento patriótico. Hagámosles amar a nuestros ancestros los galos y los bosques de los druidas (...), Rolando en Roncesvalles, Godofredo de Bouillon en Jerusalén, (...) todos nuestros héroes del pasado*”³¹.

²⁵ TAGUIEFF, J. P. “*La République menacée*”, Paris, Textuel 1996

²⁶ MÁIZ, R. “*Nacionalismo e inmigración en Francia: La République une et indivisible y el affaire du foulard*”, Revista Española de Estudios Políticos, núm. 129, julio – septiembre, 2005.

²⁷ Solo a título de ejemplo, se hablaban en Francia: occitano, alemán, catalán, bretón, euskera, etc.

²⁸ Informe Lanthenas, 1792, citado en: CANTERA ORTIZ DE URBINA, J. “*Lengua e imperio en la política de la Revolución Francesa y sus antecedentes en la Península Ibérica en el siglo XVI*”, Revista de Filología Francesa, núm. 1, Editorial Complutense, Madrid, 1992

²⁹ Se ha llegado a considerar la educación como el elemento unificador de la Francia postrevolucionaria, así por ejemplo, FRIJHOFF, W. “*Instruir y formar. La educación como objetivo, instrumento y esperanza en la Revolución francesa*”, en OSSENBACH, G. Y PUELLES, M. “*La Revolución francesa y su influencia en la educación en España*”, Madrid, UNED-UCM, 1990,

³⁰ Libro de texto en la Francia de la II República, reeditado hasta la década de 1950

³¹ es.globalvoices.org/2016/10/05 (Consulta 12(05/21)

De hecho, cabe hacer hincapié en que los movimientos ultranacionalistas franceses actuales mantienen una profunda impronta católica y celtista, y de hecho, incluso el propio expresidente Sarkozy aludió al mítico origen celta del pueblo francés en unas muy polémicas declaraciones en las que afirmó *“cuando eres francés tus antepasados son los galos”*³².

En este sentido, precisamente, se pronunciaba el político anticolonialista y poeta martiniqués Aimé Césaire, ilustrando el fenómeno explicado al afirmar que *“cuando a los 6 años lees que tus ancestros eran galos, que eran rubios con ojos azules... (...) nos reíamos (...) todos éramos negros y hablábamos creole”*. Más allá del sarcasmo de la anécdota, lo cierto es que la pretensión de asimilación nacional – cultural francesa en los territorios colonizados encubre el evidente propósito de trasladar a nivel externo el proceso de homogeneización de la diferencia impulsado con anterioridad a nivel interno, opacando en este caso el componente nativo o africano de los individuos oriundos de las colonias, desconocido incluso para muchos de ellos en virtud de la alienación de la que eran víctimas. En palabras del mismo autor: *“Servidumbre y asimilación se parecen: son dos formas de pasividad [...] Emancipación es, por el contrario, acción y creación”*³³.

Todo ello demuestra que la República Francesa comienza, en el momento mismo de su nacimiento, un proceso que reitera de manera continuada hasta la actualidad por el cual esta va *“rellenándose poco a poco de contenido sustantivo (lingüístico, histórico, afectivo)”*³⁴ y conforme al que *“la nación deviene producto artificial de la voluntad política: homogeneidad cultural, centralización y unitarismo, imposición de la lengua nacional, etc.”*³⁵

Un proceso que, a su vez, impone la asimilación como única vía posible para la integración, imposibilitando subsiguientemente la subsistencia de identidades particulares diferenciadas de la mayoritaria (única socialmente normalizada) valiéndose para ello de la marginalización – o incluso la hipotética segregación – de las primeras, de manera tal que en la red de relaciones humanas propias de la vida en sociedad, la identidad mayoritaria crea un patrón de normalidad que, mediante el establecimiento de una (pretendida) universalidad, señala y discrimina a quien se aparta de la misma a través de la constitución de una división binaria de normalidad – anormalidad respaldada institucionalmente, planteando a los individuos la envenenada dicotomía de optar por la marginalidad o por la aculturación.

No obstante, el producto (no deseado) de un modelo tan agresivo de asimilación ha resultado ser la marginalización de enteras comunidades étnico – religiosas en Francia (en especial musulmanas) reticentes a la homogeneización idiomática y cultural y que en la sociedad actual se manifiesta en una más que obvia fragmentación social la cual, en palabras del propio antiguo PM Manuel Valls, ha derivado en un verdadero apartheid social, territorial y étnico³⁶.

De tal forma, lo hasta aquí expuesto demuestra que la pretensión de un Estado neutro, acultural, libre de todo contenido orgánico no se sostiene en términos teóricos y no resiste un análisis riguroso en términos empíricos: la República de Francia, nación cívica por excelencia, cimenta su existencia en criterios claramente orgánicos y su construcción es deudora de la imposición inexorable de un relato histórico, una lengua y, en definitiva, de una identidad específica.

³² <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20160921/sarkozy-galos-5390521> (Consulta 12/05/21)

³³ CÉSAIRE, A. *“Negrerías: juventud negra y asimilación”* Meridional, Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos, núm. 10, abril – septiembre de 2018, págs. 211 – 214

³⁴ MÁIZ, *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

³⁵ BELL, D *The Cult of the Nation in France*, Cambridge, Harvard University Press, 2011

³⁶ Manuel Valls, Declaración Institucional de 20 de enero de 2015

Por su parte, la nación romántica no resulta, en modo alguno, menos problemática: siguiendo un curso histórico, ante la dominación militar de Europa posterior a la convulsión política revolucionaria y su pretendida uniformización (y, de nuevo, imposición) cultural a los territorios anexionados al Imperio Napoleónico, surge la semilla del concepto romántico de nación, dejando esta de justificarse en la voluntad política de ciudadanos libres e iguales para definirse entonces a partir de los elementos culturales, étnicos – orgánicos en definitiva – que singularizan a una comunidad humana de las restantes.

De acuerdo con esto, correspondería a cada pueblo un patrón único y distintivo, una cualidad exclusiva e identificable manifestada a través de la etnia, la lengua³⁷, la tradición... En este sentido, la existencia de una ascendencia y unos recuerdos comunes evidenciaba por sí misma la existencia de la nación, *“la nación dejará de constituir el conjunto plural de ciudadanos libres e iguales del horizonte republicano, para configurarse como un espacio homogéneo de fusión en una identidad colectiva holística, obsesionada con la (...) pureza (...) de sus fronteras interiores”*³⁸

Así, la idea de asociación ciudadana se ve sustituida por la de una adhesión reflexiva a una totalidad definida por los vínculos orgánicos entre el individuo y la colectividad. A partir de aquí, si la nación es una entidad definida por rasgos orgánicos, esta deviene una entidad natural, y por lo tanto, la pertenencia a la misma es análoga a la naturalidad, circunstancia de donde derivan tres consecuencias cardinales.

La primera de ellas consiste en la aparición consecuente de los conceptos de *Volksggeist* y *Nationalgeist* a raíz de la existencia de una tradición y patrón perfectamente identificables para cada nación, de cuyos rasgos diacríticos (culturales, raciales, religiosos, lingüísticos...) nace como manifestación colectiva y en virtud de los cuales se mantiene, lo que a su vez aporta a estos un carácter perenne, anterior, trascendente y superior a todos los individuos. Ello en definitiva sitúa a la nación en un plano teleológico superior al formado por las personas que la integran.

El espíritu de la nación implica, consecuentemente, una perspectiva orgánica, a partir de la cual resulta inevitable admitir que los hombres pertenecen de manera natural a una comunidad cuya Historia y forma de vida difiere de las demás, fundamentalmente mediante la pertenencia a una comunidad viva de lengua y de raza. En tal sentido, J.G. Fichte afirmará *“Todos los que hablan un mismo idioma (...) se encuentran unidos entre sí (...) por un cúmulo de lazos invisibles (...) de modo que los hombres no forman una nación porque viven de uno u otro lado (...) de un río (...) sino que viven juntos (...) porque primitivamente, en virtud de leyes naturales de orden superior, formaban ya un pueblo”*³⁹.

Ahora bien, resulta evidente que las derivaciones teóricas de esta concepción de la nación son desmedidas, solo superadas en su desmesura por las que ya fueron sus consecuencias empíricas. En este sentido, la aprehensión de la nación como una entidad orgánica, holística, resulta en la admisión implícita de que privada de la existencia del resto, cualquiera de las partes carece de razón de ser, y a su vez entonces, los individuos adquirirán sentido en su identificación del supuesto todo del que forman parte.

³⁷ La lengua ocupa un lugar solemne en la concepción romántica de la nación al ser concebida como realidad natural heredada de la tradición y que resulta anterior toda decisión humana, por lo que constituye también la realidad que da forma al esquema político – jurídico de la comunidad (y a su vez, de ahí la preocupación fichteana de la latinización de la lengua germánica).

³⁸ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

³⁹ FICHTE, J. G. *“Discursos a la nación alemana”*, 1807

Así, en palabras de Kedourie: “*el individuo, por tanto, no puede ser considerado de manera independiente. Forma parte y obtiene significado del todo*”⁴⁰, afirmación resultado de su análisis de las tesis fichteanas de que “*en un producto de la naturaleza ninguna parte es lo que es, sino es a través de su relación con el todo, y en modo alguno sería lo que es fuera de esta relación*”⁴¹.

Todo ello a su vez redundante en la segunda de estas consecuencias, a saber, que si la nación es una entidad natural absoluta, su preservación de toda circunstancia que pudiese arrebatar la pureza de su esencia debe ser imperativa, cuestión que sin embargo puede derivar en la introducción de elementos claramente discriminatorios, en la medida en que una interpretación organicista de la nación permite excluir de la comunidad nacional a todo individuo que no comparta con los miembros de esta los atributos que dan sentido a la misma.

De hecho, esta es la mayor amenaza del concepto romántico de la nación, pudiendo conducir a una estratificación de carácter etnoracial con el objetivo de trazar una clara diferenciación entre lo propio y la alteridad que discrimine de manera evidente la condición ajena de la propia.

Finalmente, la tercera consecuencia deriva del hecho de que existiendo una tradición, un genio, singular y distintivo de cada nación esto entraña la admisión implícita de que otros hombres poseen una relación paralela con sus respectivas naciones, lo cual podría entrar en conflicto con la realización de la nación propia. Ante tal circunstancia caben dos posibilidades teóricas (aunque la experiencia parece apuntar a que solamente una en términos empíricos): la primera, abanderada por Herder, abogaría por la coexistencia armónica y pacífica de todas las naciones en una diversidad feliz que permitiría a cada nación aportar a la Humanidad la originalidad de su genio; la segunda, sin embargo, consiste en la pretendida demostración de que una nación concreta es superior a las restantes, y por tanto, su realización prevalece frente a aquellas⁴².

En cualquier caso, los corolarios empíricos de esta concepción de la nación resultan sobradamente conocidos al poder ser adivinada tras algunos de los episodios más traumáticos a los que la inflamación patológica de la identidad nacional ha dado lugar: no es necesario esforzarse en exceso para encontrar entre las causas de la I Guerra Mundial el ambiente prebélico previo a la misma causado por los problemas nacionales existentes en la Península Balcánica⁴³ y, posteriormente, en el seno del Imperio Austrohúngaro, así como de la II Guerra Mundial, pues no es sino el pangermanismo la razón que justificó la política expansionista del III Reich y, en consecuencia, el *Anchluss* y la anexión de los Sudetes o la entrada de la *Wehrmacht* en Moravia y Bohemia en su acometimiento del *Lebensraum*.

En cualquier caso, cabe concluir que tanto el concepto de nación cívica como el de nación romántica constituyen dos concepciones de la nación profundamente opuestas a los principios liberal – democráticos, fundamentalmente porque ambas concepciones – y sus respectivas derivaciones empíricas – atentan de manera atroz contra el principio del pluralismo político, valor y requisito esencial a toda comunidad democrática, pues tanto la imposición de una sola opción y la marginación de las restantes como el planteamiento de la nación como esencia constituyen la negación misma de la pluralidad.

⁴⁰ KEDOURIE. E. *Nacionalismo (...) Op. Cit.*

⁴¹ FICHTE, J. G. “*Los fundamentos del derecho natural*” Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994

⁴² Algo que coincide con la consideración de Fichte del pueblo alemán (“*Das Volk*”) como pueblo elegido.

⁴³ Causada a su vez por las Guerras Balcánicas entre Serbia, Grecia, Rumanía, Bulgaria tras el declive del Imperio Otomano (y de este con aquellas) y agravados por las pretensiones de influencia del Imperio Ruso y Austrohúngaro en la región.

En este sentido, cabe poner de relieve que esta antítesis radica en la propia contradicción de ambas concepciones con el hecho de que el reconocimiento efectivo del pluralismo impone taxativamente el respeto a la diversidad tanto de intereses, como de ideas o identidades de forma que, en realidad, el pluralismo se constituye en sí mismo como una consecuencia del libre juego de la libertad y diversidad humana que no solo no es obstáculo para la existencia de sociedades ordenadas y tolerantes sino que, al contrario, funciona como incentivo para el reconocimiento de la dignidad y la igualdad del otro, capaz de aportar en el plano sociopolítico en igualdad de oportunidades con cualquier otro individuo que forme parte de la comunidad.

Llegados a este punto, resulta ilustrativa la remisión a Sartori y a su análisis de un concepto difícil como es el pluralismo mediante su diferencia del pluralismo como creencia y el pluralismo social y el político. En tal línea, advierte Sartori que resulta erróneo concebir que el pluralismo radica su naturaleza en la diversidad sociocultural, racial, nacional, etc. de las sociedades pues estas son, en todo caso, de alguna manera plurales, así, *“es un error mantener que todas las sociedades sean, en alguna medida, inevitablemente pluralistas. (...) El pluralismo no es un mero (...) equivalente de la noción de “complejidad estructural”*⁴⁴. Así, ello implica la asunción de que la convivencia (con independencia de que sea o no pacífica) de diferentes identidades nacional – culturales dentro de una sociedad no justifica, por sí misma, su carácter pluralista, sino que es, necesariamente, la integración de la diversidad de tales asociaciones, constituidas de manera voluntaria y múltiple, en las mecánicas políticas propias de tal sociedad la que lo hace, sentido en el cual el pluralismo político, entendido como la *“diversificación del poder (...) basada en la existencia de una pluralidad de grupos que son, a la vez, independientes y no exclusivos”* se erige como el pilar principal que sostiene la entera arquitectura de la sociedad pluralista.

De tal manera, la introducción de la diversidad en el debate político – público y en las dinámicas internas de toma de decisión comporta un primer argumento relativo a cuál es su afectación a los consensos y conflictos, cuya aportación positiva resulta de la expansión del *“elemento central de la Weltanschauung pluralista (que) no es ni el consenso ni el conflicto, sino, en cambio, la dialéctica del disentir, y a través de ella un debatir que en parte presupone consenso y en parte adquiere intensidad de conflicto, pero que no se resuelve en ninguno de estos dos términos”* lo que apunta a la materialización del pluralismo político a través del diálogo y el debate, génesis a su vez de *“un proceso de ajuste entre mentes e intereses discrepantes”*⁴⁵.

En definitiva, el pluralismo exige indefectiblemente el respeto a las minorías y su naturaleza de requisito fundacional de la sociedad democrática implica la asunción de que *“evidentemente, la democracia necesita del consenso de la mayoría. Pero, al igual que consenso, (...) necesita diversidades y antagonismos. La experiencia del totalitarismo ha relevado un carácter fundamental de la democracia: su vínculo vital con la diversidad. La democracia (...) debe incluir el derecho de las minorías y contestatarios a la existencia (...) y debe permitir la expresión de las ideas heréticas y marginadas (...)”*⁴⁶.

Así, en última instancia, la democracia debe constituir un sistema abierto, diverso, en suma, una organización política compleja en cuanto abraza pluralidades, competencias y antagonismos que se incardinan en una única comunidad cuyo pluralismo, en cuanto vertiente constitutiva de la misma, funcionará únicamente en cuanto equilibre los intereses de dichas pluralidades.

⁴⁴ SARTORI, G. *“La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros”*, Taurus, 2001

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ MORIN, E., *“Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001

De esta forma, en correspondencia con lo anterior, el pluralismo nace de la conformación de los grupos y su consolidación política; así al hablar de democracia pluralista, se tiene en consideración no tanto una democracia de muchos individuos sino una democracia de muchos grupos que se opone a una concepción orgánica de la comunidad por la que el todo trasciende y antecede a las partes, puesto que en la concepción moderna de la democracia las partes, los individuos, preceden al todo, en suma, ilación última de las partes.

Esto es así porque la democracia, en su acepción moderna, ha de ser representativa y plural: en cuanto el *demos* no viene constituido por un único cuerpo colectivo monolítico y compacto sino por la agregación de la diversidad de conjuntos de individuos, el conflicto de intereses y la pluralidad de orientaciones, consustanciales a la mecánica democrática, se encuentran embebidos de identidad. Así, las propuestas pluralistas se hacen irreprochablemente *“compatibles con (...) las de la doctrina democrática porque la multiplicación de las asociaciones libres puede constituir un estímulo y contribuir a la ampliación de la participación política”*⁴⁷.

En suma, es precisamente *“la concepción del pluralismo como modelo de una sociedad compuesta por muchos grupos o centros de poder, aún en conflicto entre ellos, a los cuales se les ha asignado la función de limitar, controlar, contrastar, e incluso de eliminar el centro de poder dominante”* la que permite a considerarlo *“como sistema antitético al totalitario”*⁴⁸.

En este sentido, la mejor teórica del totalitarismo, Hannah Arendt, ciertamente identificó como uno de los rasgos propios de las tendencias totalitarias la aniquilación de la pluralidad, supresión que comenzaría con el aislamiento del seno de la sociedad de aquellas personas caracterizadas por unas especificidades diferenciadas de las principales en la misma, dando pie con ello a un contexto de desestructuración y pérdida de los lazos sociocomunitarios.

En este sentido, la práctica totalitaria entraña *“un anillo férreo del terror que destruye la pluralidad de los hombres y hace de ellos Uno”*⁴⁹, una metáfora con la que se explica la anulación de la pluralidad y singularidad bajo el yugo totalitario, en el que solamente es posible una única relación de identidad, o lo que es lo mismo, la subsunción de los individuos en una exclusiva categoría que expulsa a las restantes del espacio público. Así, la separación de la comunidad con causa en las prácticas de exclusión se traduce en la conversión de apátridas, refugiados, minorías y parias en *“no sujetos”*, dándose entonces el prerrequisito previo para el paso subsiguiente a la exclusión del espacio público, a saber, la indiferencia, la invisibilidad, que ciega la posible emergencia de responsabilidad moral hacia la alteridad por parte del grupo.

Como contraste, el planteamiento de una alternativa subversiva contra la imposición de la uniformidad y la supresión de la singularidad, Arendt postula la posición del paria consciente, que plantea su entrada en la esfera pública a partir, precisamente, del reconocimiento de su diferencia e identidad, exponiéndola y planteándola como cuestión política en sí misma, de forma tal que, de acuerdo con Arendt, la mejor forma de mantener la pluralidad constituiría en el robustecimiento de un espacio público reflexivo, prono al diálogo y al equilibrio y reequilibrio siempre constructivo de las posiciones políticas y el discurso, mediante la fundación de espacios asociativos en el interior del mismo, un espacio público, respetuoso con la pluralidad que, por tanto, escapa de todo contenido colectivista y orgánico planteado en términos excluyentes.

⁴⁷ BOBBIO, NORBERTO. *“Pluralismo”*. En: BOBBIO, NORBERTO; MATEUCCI, NICOLA Y PASQUINO, GIANFRANCO (Dir.). Diccionario de política. Madrid: Siglo Veintiuno, 1998.

⁴⁸ Ídem

⁴⁹ ARENDT, H, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, 2006

En similar sentido, cabría traer a colación las tesis popperianas, en referencia a las cuales Peces – Barba (haciendo una interpretación tradicional de la nación romántica) aludía al pluralismo como pilar constitutivo de las sociedades abiertas en los siguientes términos: *“La sociedad abierta que es la democracia pluralista (...) se opone a la sociedad cerrada, que a su vez trae causa de una ideología antimoderna, tradicionalista y nacionalista. En esta ideología se refugia (...) el antiiluminismo de plurales orígenes (...) la sociedad cerrada desembocaba (...) en un organicismo que consideraba al grupo (...) realidad suprema, (...) verdad incontrovertible como la que se debió imponer necesariamente para alcanzar la libertad”* mientras que, en contraste, *“en la sociedad abierta se valora al hombre y a su dignidad, cada uno asume una responsabilidad personal y no se disuelve en el colectivo”*⁵⁰.

Ciertamente, la remisión a la obra de Popper encuentra razón de ser en la oposición a la imposición fundamentalista de una identidad, de unos rasgos constitutivos de la nación interpretados de forma holística cuyo fin no es otro que el establecimiento dogmático de supuestas verdades incontestables en la construcción de la organización social, cuestión que el propio filósofo vienés ya había desmenuzado, efectivamente, en *“La sociedad abierta y sus enemigos”* haciendo referencia, por ejemplo, a que *“la teoría del pueblo elegido surgió de la forma tribal de vida social. (...) la asignación de una importancia suprema a la tribu, sin la cual el individuo no significa nada en absoluto es un elemento que habremos de encontrar en muchas de las formas de la teoría historicista. Otras (...) pueden retener todavía cierto grado de colectivismo (...) puede suceder que realcen la significación de cierto grupo colectivo -por ejemplo, una clase sin la cual el individuo no representa nada en absoluto”* o, en los siguientes términos bosquejando *“la teoría colectivista (...) totalitaria, de la moralidad: “El bien es lo que favorece el interés de mi grupo”*⁵¹.

Ahora bien, lo anterior no obstante, Popper no deshecha radicalmente la existencia de elementos diacríticos que condicionan el desarrollo de los hombres y de su vida en sociedad, por el contrario, critica la omisión (que caracteriza casi de negligente) de la tradición en el imaginario racionalista: *“La tradición es necesaria en la vida social (...) la idea de partir con una tabula rasa (que es parte de la tradición racionalista equivocada) es imposible, ya que si el racionalista elimina todo en el mundo social y barre la tradición, necesariamente se borra con ello a sí mismo y a todas sus ideas y a todos sus esquemas del futuro (...) Los esquemas del futuro no tienen sentido en un mundo social vacío, en un vacío social. Sólo tienen sentido en el contexto de ciertas tradiciones e instituciones —tales como mitos, poesía y valores— que emergen del mundo social en que vivimos”*⁵², adivinando así una lectura de la realidad en la que igualmente apuntarán – y profundizarán – teóricos como MacIntyre, Taylor y muchos otros interpretando en el entorno dado (la *atmósfera* en términos de Popper) un contexto interpretativo concreto.

Ante tal estado de cosas, el antipluralismo tanto de la nación étnica como de la nación cívica se hace obvio: tanto la negación de la diferencia como la exclusión y el rechazo de la diversidad, la nivelación de las singularidades, la pretensión de homogeneización y uniformización de las diferencias se muestran, en sí mismas, como la negación del principio y valor del pluralismo, no solo en un plano abstracto, sino incluso también en el eminentemente pragmático.

⁵⁰ PECES – BARBA, G. *“Pluralismo y laicidad en la democracia”* Tribuna de Opinión El País, 27 nov. 2001

⁵¹ POPPER, K. *La sociedad abierta y sus enemigos*, 1945

⁵² POPPER, K. *“En busca de una teoría racional de la tradición”*, Tercera Conferencia Anual de la Rationalist Press Association, 26 de julio, 1948

En este sentido, incluso R. Dahl en su definición de mínimos de la democracia a través de su caracterización como *poliarquía* considera la inclusividad como rasgo irremisible de la misma, que la diferencia de regímenes más excluyentes y que consiste en la extensión de la ciudadanía así como en la recepción de igualdad de trato en la ponderación de las preferencias en el espacio público, así *“la poliarquía (...) se distingue, en el plano más general, por (...) la ciudadanía extendida a una proporción comparativamente alta de adultos”*⁵³.

En conclusión, la homogeneización propia al concepto francés como al alemán de la nación redundante en la subordinación de toda consideración social y política a la pretensión de la constitución de una ciudad unicéntrica en un plano nacional – cultural, lo que evidencia la profunda incompatibilidad de la comprensión de la nación desde las dos principales tradiciones de explicación de la misma con una definición rigurosa de la práctica democrática al resultar, en ambos casos, claramente inconciliable con las exigencias inclusivas de aquella.

Además, la consideración íntegra de ambas concepciones de la nación queda, de origen, rehén de la tradicional ecuación monista propia del principio de las nacionalidades (un Estado = una nación / una nación = un Estado), dicho con otras palabras, bajo ambas subyace un fundamento común que es el de reconocer a toda nación el derecho de convertirse en Estado, es decir, ambas tradiciones comparten el principio de las nacionalidades, principio que apuesta por la identificación de la unidad política y la unidad nacional y por el cual cada Estado debe comprender una única nación y cada nación debe tener por objetivo último la consecución de un Estado propio. Una concepción monista que hace inviable el pluralismo y deja, como única alternativa, la homogeneidad y la purga de todos los elementos ajenos a la misma.

Así, ya sea tanto el Estado exclusivamente nacional propio de la (irreal) concepción romántica de la nación como el Estado nacional propio de la (irreal) concepción cívica de la nación – así como sus correspondientes evoluciones especulares en Estados nacionalizadores – abaten todas las singularidades que encuentran en su proceso de constitución y desarrollo e imponen un esencialismo en términos de identidad nacional – cultural que desemboca en una idea de nación cerrada, una categoría absoluta que imposibilita la interiorización de la diferencia.

Dentro de esta lógica, cabe de nuevo recurrir a Karl Popper en la medida en que la reprobación de dicha ecuación monista ya había sido adelantada por él en 1945: *“El principio del Estado nacional no sólo es inaplicable, sino que nunca ha sido concebido con claridad. Es un mito, un sueño irracional (...) utópico, un sueño de naturalismo y colectivismo”*⁵⁴.

Igualmente en ambos casos, se redundante en la clausura de la nación sobre sí misma, en el cierre unilateral, uniforme y excluyente de la mayoría de la comunidad y en la subsiguiente expulsión de las identidades minoritarias de la misma, obscureciendo la heterogeneidad de esta y, llegado el caso, pudiendo llegar a plantear la oposición, por parte de determinados subgrupos, de resistencias a dicha uniformización que pretendan, en realidad, proceder a una reproducción mimética de dicha uniformización en su propio seno.

En todo caso, la respuesta negativa de ambas tradiciones a la diversidad y la pluralidad como valores capacitados para el enriquecimiento del espacio político, traducida en su acoso y subsiguiente marginación y eliminación de la singularidad, demuestra que el pluralismo, por tanto, constituye un elemento indisoluble de la consecución cierta de la libertad.

⁵³ DAHL, R. A. *La democracia y sus críticos* Paidós, 1992

⁵⁴ POPPER, K. “La sociedad abierta y sus enemigos” (...) *Op. Cit.*

No obstante, este último ha sido un término tradicionalmente apropiado por el concepto francés de nación mediante el planteamiento de una antítesis que *“se formula desde un lugar muy preciso, que no resulta en modo alguno neutro o equidistante (...) desde (...) el prestigio normativo de lo cívico, es decir, desde un nacionalismo (...) implícito que da por supuesta la coincidencia entre fronteras políticas y culturales entre Estado y nación, y considera zanjada la cuestión del demos”*⁵⁵.

Así, la contraposición entre nacionalismo cívico y romántico obedece a una dicotomía claramente reductora que caricaturiza a la construcción social de la comunidad a partir de elementos étnicos como un nacionalismo brutal, excluyente y monstruoso y lo sojuzga a un nacionalismo cívico, político, adecuado y no solo admisible, sino incluso necesario. En este sentido, tal concepción antitética *“opera mediante la superposición y coordinación de códigos binarios complementarios: Romanticismo/ilustración, Liberalismo/Autoritarismo, Revolución Francesa/ Nazismo”* que a su vez se completa con una cadena binaria de equivalentes – Luz/noche, *Civilization/Kultur*, pasión/razón, individuo/comunidad – la cual obra en aras de una pretendida *“depuración de todo contenido étnico o cultural, (por la que) el nacionalismo cívico deviene, mediante este dispositivo discursivo, enteramente político (...) centrado de modo exclusivo en la libre voluntad de la ciudadanía democráticamente expresada”*⁵⁶.

Asimismo, tal pretensión de vaciamiento orgánico de la nación desatiende el hecho de que, en realidad, toda nación constituye una articulación inescindible de elementos políticos y culturales cuya conexión no es contingente sino necesaria, a la vez que, enarbolando un pretendido universalismo racionalista, ignora los sustratos sociales, históricos y políticos sobre los que se asientan las comunidades, en definitiva, los vínculos que nacen del contexto histórico y cultural.

En consecuencia, hablar de comunidad acultural, universal, mundial o desnacionalizada – aun a pesar de los incontables y extensísimos matices que diferencian a estos términos entre sí – supone una convergencia última en *“vaporizar el concepto de comunidad”* inútil para Sartori pues *“el animal humano se agrega en coalescencias y “se agrupa” como subespecie del animal social, con tal que exista siempre un límite, una frontera (móvil pero no anulable) entre nosotros y ellos. Nosotros es “nuestra” identidad; ellos son las identidades diferentes que determinan la nuestra. La alteridad es el complemento necesario de la identidad”*⁵⁷

Tal afirmación obliga, por tanto, a situar el foco sobre el concepto mismo de identidad nacional y, ello a su vez, a la restante vertiente del patrón dual típico en el análisis tradicional del fenómeno nacional, a saber, el origen moderno o primordialista del mismo.

De tal manera, siguiendo a Sartori, podríamos afirmar que la identidad se construye sobre un juego constante de paralelismo y contraste, un juego analógico constituido en base a un proceso de difuminación de aquello en que un primer grupo difiere y el ensalzamiento de aquello en que coincide – en relación consigo mismo – que se realiza además de manera contemporánea al proceso inverso en relación con los grupos restantes, es decir, mediante la difuminación de aquello que estos tienen en común con aquel y sobresaliendo aquello que tienen de distinto.

Por tanto, la construcción de la identidad colectiva es fruto de una oposición perpetua, en último término, imagen especular del proceso de construcción de la identidad nacional de los otros.

⁵⁵ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ SARTORI, G. *La sociedad multiétnica (...) Op. Cit.*

A su vez, ambos procesos de construcción identitaria se sostienen en la comparación de la diferencia, en el cotejo de la identidad (lo propio) con la ipseidad/alteridad (lo ajeno), de aquello que la comunidad es y no es en relación con lo que los demás son o no son, un fenómeno cuya mecánica puede explicarse metafóricamente recurriendo a Arthur Rimbaud: “yo es otro”⁵⁸.

Todo ello deriva a centrar la atención en la naturaleza de tal diferencia, causa última del resultado del posterior cotejo. Así, el núcleo de la cuestión radica en la sustantivación de tal diferencia y su razón de ser, de forma que, en síntesis, cabría afirmar que si bien la existencia sustantiva de tales diferencias es contingente, su puesta de relieve es resultado de un acto reflexivo de diferenciación que responde a determinados procesos históricos a través de los cuales se deciden qué parámetros han de servir para construir o deconstruir la diferencia.

En un ejercicio de retrospectiva histórica, cabe poner en valor que la existencia de conciencias y sentimientos nacionales propios preexisten a las demandas políticas que introduce el nacionalismo, así lo demuestran, por ejemplo, la fortísima identidad nacional inglesa que hay en Shakespeare, en la constante nuclear que es España en las obras de Quevedo o Lope de Vega y la literatura del Siglo de Oro o en la idea maquiaveliana de Italia.

Así, en relación con el primero, cabe mencionar que su identificación de Inglaterra como isla de paz, segundo Edén, atenazada ante amenazas externas resulta claramente expresiva de una sólida conciencia nacional (Anexo I)⁵⁹, por su parte, en lo relativo a los segundos cabe hacer referencia a la preocupación por los inicios de la decadencia española (Anexo II)⁶⁰ y finalmente, en cuanto respecta al tercero la referencia a las potencias extranjeras que se encontraban en suelo italiano como “bárbaros”, la denuncia del sufrimiento del pueblo italiano o la alabanza y enaltecimiento del pueblo y valores italianos dan igualmente viva muestra de una conciencia y de una identidad nacional de un Estado que aún no existe (Anexo III)⁶¹.

En otro orden de cosas, cabe hacer referencia a la mayor incidencia de la identidad nacional sobre las restantes identidades que el ser humano puede poseer. En este sentido, la identidad nacional – cultural supera en primer lugar a la identidad de género, de acuerdo con Smith⁶² porque “la misma esencia universal de la diferenciación de género la convierte en un fundamento menos cohesivo y con menos poder para producir identificaciones y movilizaciones colectivas” de forma tal que, concluye Smith, “separadas geográficamente, divididas socialmente y fragmentadas étnicamente, los cleavages de género tienen que asociarse con otras identidades”.

En segundo lugar, la identidad nacional – cultural supera también cualitativamente al regionalismo, dice Smith, en la medida en que este “es incapaz de mantener la movilización de sus habitantes, debido a la diversidad de (...) problemas singulares que plantean (...) y la dificultad de definir geográficamente las regiones”. También supera la identidad religiosa, dado que, en primer lugar esta juega un papel cada vez menos relevante en la socialización de los individuos y, además, “la mayoría de identidades religiosas coinciden con grupos étnicos” (ej. Irlanda del Norte), de forma tal que resulta sencillo resbalar de un concepto a otro, incluso por lo que respecta a las grandes tradiciones religiosas que pretenden superarlos (ej. catolicismo).

⁵⁸ RIMBAUD, A. Carta a Georges Izambard, Charlemille, 13 de mayo de 1871

⁵⁹ SHAKESPEARE, W. *El rey Ricardo II* Acto II, 1595

⁶⁰ DE QUEVEDO, F. “Miré los muros de la patria mía”, en Heráclito Cristiano, Salmo XVIII, 1613

⁶¹ MAQUIAVELO, N. *El Príncipe Cap. XXVI. Exhortación a liberar Italia de los Bárbaros*, 1532

⁶² SMITH, A. *La identidad Nacional*, Trama Editorial, Madrid, 1997

En tercer lugar, cabe abordar la superación cualitativa de la identidad nacional sobre la identidad de clase, cuestión relevante, pues en una de las mayores tradiciones del pensamiento político, la identidad colectiva socioeconómica constituye la identidad colectiva de mayor relevancia (*“proletarios de todos los países, uníos”*⁶³). Así, si bien el marxismo presenta a la clase como el principal (o casi único) elemento cohesivo de relevancia, lo cierto es que los acontecimientos políticos motivados en ella además de muy ocasionales siempre se han dado muy localizados. De acuerdo con Smith *“el inconveniente de considerar la clase social como fundamento de la identidad colectiva duradera es que tiene escaso interés emotivo y nulo calado cultural”*.

En relación con lo primero, cabe recurrir a J. H. Kautsky. De acuerdo con él (y resulta categórico), la escasez de revoluciones obreras no nacionalistas se debe a que *“el comunismo es cada vez más idéntico al nacionalismo en los países subdesarrollados”*⁶⁴ y, de hecho, en similar línea se pronuncia I. Berlin cuando afirma que *“Bajo Stalin y sus sucesores (...) el sentimiento nacionalista nunca fue rechazado, pasó a identificarse con la rama rusa del comunismo (...) comunismo y orgullo nacional ruso se (...) fundieron en uno”*⁶⁵. No obstante, volviendo sobre Smith, cabe poner de relieve su indicación de que las identidades de clase se encuentran profundamente regionalizadas, lo que dificulta su cohesión (y explica la localización de las revoluciones) y, además, poseen el problema adicional de que la identidad de clase solamente interpela a una parte concreta de la comunidad, lo que favorece la capacidad de interpelación (y éxito) de otras identidades con mayor capacidad englobante, por excelencia, la nacional – cultural⁶⁶.

De hecho, siguiendo a Anthony Smith cabría identificar incluso en el mundo antiguo reciprocidades culturales coincidentes con una identidad compartida, así por ejemplo, en la localización de una *“comunidad cultural griega (Hellas) a la que se podía invocar – casi siempre por necesidades atenienses – en el ámbito político, como hizo Pericles (...). Es decir, podemos hablar de una comunidad griega étnica y cultural, pero no de una nación griega antigua”*⁶⁷.

En esta línea, desde la ciencia social, la mayoría de los estudios rigurosos sobre el nacionalismo lo caracterizan como un fenómeno fundamentalmente moderno, encuadrándose con ello en la denominada corriente modernista de estudio del nacionalismo. Así, especialmente desde la sociología, se ha apuntado que en el desarrollo del nacionalismo han tenido un impacto esencial factores socioeconómicos, como la modernización y el desarrollo económico y factores sociopolíticos como la burocratización, la urbanización o el declive de la movilización religiosa. De esta forma, desde un paradigma modernista, la nación es caracterizada como una contingencia histórica surgida a partir de unas condiciones propicias auspiciadas por la división moderna del trabajo propia de las sociedades europeas capitalistas e industrializadas, las desigualdades interclasistas (derivadas a su vez de las anteriores en ese contexto) y los conceptos y procesos sociopolíticos dieciochescos que, en consecuencia, resulta cronológicamente moderna. La autoafirmación nacional, por tanto, se convierte aquí en un subterfugio para las sociedades que, a causa de los fenómenos mencionados, se encontraban ante graves crisis de identidad.

⁶³ ENGELS, F. y MARX, K. *Manifiesto de Partido Comunista*, 1848

⁶⁴ KAUTSKY J. H. *Political change in underdeveloped countries: nationalism and communism*, John Wiley, New York, 1962

⁶⁵ BERLIN, I. *Apuntes sobre el nacionalismo (...)* Op. Cit.

⁶⁶ SMITH, A. *Identidad nacional (...)* Op. Cit.

⁶⁷ Ibid.

No obstante, frente a esta concepción existen también otros paradigmas de estudio del nacionalismo, de entre los que destaca el primordialismo, el cual rechaza la modernidad de los fenómenos nacionalistas y afirma que, si bien existen naciones modernas, también es posible que estas preexistan a tal modernidad, dado que en la génesis de la nación lo realmente relevante son los lazos objetivos que comparten los miembros de la misma.

Ciertamente, el nacionalismo, concebido como doctrina o ideología, sí es un fenómeno eminentemente moderno, pues su aparición no se da hasta finales del XVIII. No obstante, parece resultar ya pacífico (relativamente) que para comprender la emergencia del nacionalismo es preciso escarbar en la preexistencia de *ethnies* premodernas que aportan a la identidad nacional un sustrato cultural, histórico y social sobre el que cimentarse. Así, en palabras de Smith “es preciso investigar la configuración de vínculos y sentimientos étnicos si queremos averiguar qué grupos podrían constituirse en naciones (...) cuanto más sólida y perdurable sea la identidad étnica preexistente, mayores probabilidades de constituirse tiene la nación”⁶⁸.

En esta línea la utilización del término francés *ethnie*, diferenciado de la voz española *etnia*, resulta especialmente trascendental, en la medida en que el primero es definido como una conjunto de sujetos que comparten una serie de caracteres de civilización como pueden ser lengua o cultura y del que se excluye, taxativamente, la raza, un concepto que sí incluye el vocablo hispano de *etnia* en tanto que “comunidad humana definida por afinidades raciales”⁶⁹.

Una vez resulta aclarada esta distinción, la posibilidad de remisión a los rasgos biológicos únicos propios de un pueblo resulta significativamente más compleja, al tiempo que impide exagerar la variabilidad de las esencias étnicas y culturales, pues negarlas imposibilitaría explicar la reiteración empírica de las comunidades y sus vínculos étnicos y su perdurabilidad. La *ethnie* queda, por tanto, erigida a modo de comunidad cultural, asiento de una serie de lenguajes, recuerdos, tradiciones, símbolos o costumbres que, a medida que son identificados por los individuos ganan en importancia, y, a su vez, profundizan – en relación con el grupo humano (hacia el interior) en que se encuentran – el sentido de pertenencia del mismo.

De esta forma, lo cierto es que más allá del origen preciso de la reivindicación política del fenómeno nacional, existen identidades y comunidades nacionales con percepción de una Historia y una tradición propia, lo cual se traduce en más que evidentes repercusiones políticas. Así, al poner de relieve el sustrato étnico de la comunidad política se señala también la indisolubilidad de los componentes étnicos y políticos que subyacen bajo el proceso histórico de construcción de toda nación. En conclusión, “las precondiciones etnoculturales distintivas (incluyendo aquí no solo la lengua, la religión o el linaje, sino también las memorias políticas y los legados intersubjetivamente compartidos) aparecen como condiciones necesarias (y limitadamente maleables) del desarrollo y del éxito de las movilizaciones nacionalistas”⁷⁰.

Por su parte, por similares términos apuesta S. Rokkan al señalar las lenguas (para el caso galés, irlandés, etc.) a modo de elemento estructural de las identidades relativas a los movimientos nacionalistas periféricos en Europa con las siguientes palabras: “nos centraremos en la lengua como punto focal de la identidad, aunque sin exclusión de lo demás. Si bien la lengua es sólo una de las varias expresiones de la identidad, es el signo más dominante y obvio del carácter distintivo”⁷¹.

⁶⁸ SMITH, A. *La identidad nacional (...)* Op. Cit.

⁶⁹ Diccionario de la Real Academia Española

⁷⁰ LLAMAZARES, I “Entre la comunidad y la diversidad. Aproximaciones recientes a los dilemas de la organización territorial del poder” *Revista de Estudios Políticos*, núm. 186, págs. 241 – 253 (2019)

⁷¹ ROKKAN, S. “*State formation, nation – building, and mass politics in Europe*”, Oxford University Press, 1999.

En consecuencia, en última instancia en la actualidad, “*cuando hablamos de identidad nacional nos referimos tanto a una identidad cultural como a una identidad política, que atañe a una comunidad cultural y a una comunidad política (...) cualquier intento de forjar una identidad cultural es también un proceso político que tiene consecuencias políticas*”⁷².

Finalmente, cabe hacer referencia, aunque sea de modo sucinto, el papel privilegiado que corresponde al arte como prueba testifical sobresaliente de esta inescindible conjunción de elementos étnicos y culturales en la construcción de la identidad nacional. Ya sea en el proceso de imposición de una tradición mítico – simbólica propio del rellenado orgánico de la experiencia empírica de la (irreal) nación cívica como en el ensalzamiento del patrón constitutivo exclusivo propio del (irreal) concepto de nación romántica, las obras artísticas y su remisión a héroes étnicos (Vercigentórix, Ossian, Juana de Arco, etc.) y a pasados remotos gloriosos jugó un papel fundamental en la construcción de la nación al posibilitar que la idea de la nación se hiciera accesible a un público más amplio por medio de la representación visual de imágenes, símbolos, valores y tradiciones específicos y memorables de aquella: la historia, la comunidad, la tradición o el sacrificio son motifs centrales en las artes visuales modernas y contemporáneas.

Así, centrando la atención en la tradición pictórica francesa, J. Auguste Dominique Ingres resulta claramente ejemplificativo. Incluso en él, heredero del neoclasicismo, discípulo de Jaques Louis David⁷³ y firme defensor de la tradición davidiana, es sencillo encontrar motivos que remiten a un medievalismo historicista francés o a la tradición católica francesa.

En este sentido, quizá el mejor ejemplo lo constituya *Juana de Arco en la coronación de Carlos VII en la Catedral de Reims*. Triunfante, erguida y abanderada, una Juana de Arco armada mira al cielo en señal de agradecimiento durante la coronación de Carlos VII, rey de Francia. No obstante, no es esta la única remisión a Juana de Arco o a la tradición católica y medieval francesa en la pintura de esta época. Se deben al propio Ingres otras pinturas con similar iconografía, como por ejemplo *La entrada del Delfín en París*, representando la llegada del delfín de Francia, Príncipe heredero y futuro Carlos V, a la villa de Paris o *El Sueño de Ossian*, figura clave de la mitología gaélica, bardo y guerrero emblema de la literatura romántica y que es de los primeros cuadros que toman la inspiración osiánica en Francia.

En todo caso, lo aquí expuesto demuestra que la identidad queda magistralmente expresada por el arte, instrumento que más se ajusta a la perspectiva narrativa que vulgariza la justificación de la nación, ya sea en su vertiente política como cultural, demostrando, en numerosas ocasiones, la conexión inextricable entre ambos.

La estandarización democrática de la nación. Un concepto asumible de nación

Tal y como es posible colegir de lo apuntado en el epígrafe anterior, la construcción normativa de un concepto de nación aceptable desde las teorías de las democracias contemporáneas debe implicar, en virtud del pluralismo, un rechazo de plano de la nación monista, sea cual sea la concepción que la sustente. En este orden de cosas, en la intención de conciliar la nación y la identidad nacional con los principios valores democráticos, destaca, fundamentalmente, el debate teórico planteado en las últimas décadas por el denominado como nacionalismo liberal.

⁷² SMITH, A. *La identidad nacional (...) Op. Cit.*

⁷³ Pintor de la Revolución

Oponiéndose a una aproximación tradicional del nacionalismo que lo reducía a *“una de las figuras (...) del mal, (...) en la categoría de los -ismos condenados a la execración pública”*⁷⁴ y lo planteaba *“en (reciente) referencia a las atrocidades en la antigua Yugoslavia o Ruanda (...) como la causa principal del derramamiento de sangre en nuestro tiempo”*⁷⁵, el nacionalismo liberal propone un concepto de nación que, eludiendo lo que efectivamente son inflamaciones nocivas de la identidad nacional, asume el criterio berliniano de que *“la pluralidad de culturas es irreductible”*⁷⁶ y de que *“el sentimiento nacionalista no es intrínsecamente maligno (...) solo se convierte en tal cosa cuando es exacerbado (...) y adquiere una condición patológica”*⁷⁷.

De tal manera, el nacionalismo liberal pretende democratizar el concepto de nacionalismo alejándose con ello de la tradicional crítica liberal al fenómeno nacional (Kedourie/Minogue) y disociando de tal concepto la consecución de un objetivo político – institucional que es la consecución del Estado – nación, situando en su lugar, como núcleo del fenómeno, un fondo claramente cultural, constituido por el deseo de afianzar la existencia y florecimiento de una comunidad en particular sin que ello suponga, en ningún caso, deslindar al nacionalismo del marco político – público. En este sentido, Y. Tamir resulta claramente ilustrativa: *“(al) situar una reivindicación cultural en lugar de una política en el centro del nacionalismo (...) algunos consideraron que esta distinción implicaba la despolitización del nacionalismo. Esta crítica no tiene en cuenta (...) que los movimientos nacionales están motivados por el deseo de asegurar (...) una comunidad concreta, de preservar su cultura, su tradición y su lengua, más que la toma del poder estatal. Esta afirmación no equivale a (...) que el nacionalismo no tiene objetivos políticos (...) sugiero que el nacionalismo no debe verse como un mero esfuerzo por controlar (...) las instituciones del Estado; el poder político es el medio, mientras que el fin es cultural”*⁷⁸.

Así, la disociación del objetivo político del cultural, de lo que prescinde es de una concepción aprehensiva del poder, de la detentación de manera compacta por parte de un grupo nacional mediante la construcción de un Estado propio (i.e. lo que se rechaza es, de plano, el principio de las nacionalidades) sin que ello implique la negación de la vertiente política, indiscutible, que tiene la identidad nacional, pero que se manifiesta en su situación estratégica, continuada y pacífica en el marco de un espacio público compartido con otras, con lo que además se instituye la identidad nacional – cultural como figura de contenido que excede el ámbito privado. Continuando con Tamir, *“Las actividades motivadas por el interés nacional son políticas (...) ya que intentan influir en la configuración de la esfera pública. Los grupos nacionales aspiran no sólo a ser (...) tolerados, sino a remodelar la esfera pública de forma que refleje su propia particularidad. Esto implica que deben convertirse en participantes activos en el juego político”*⁷⁹.

En consonancia con ello, la redefinición de la nación desde la (nueva) punto de vista liberal exige rechazar la propia tradición liberal en la medida en que esta separa dos realidades indisociables: una esfera pública donde todas las singularidades e identidades individuales se dejan atrás y una esfera privada en que aquellas toman forma. Al contrario, la esfera pública en sociedades multiétnicas y multiculturales debe ser reverberante de la pluralidad de identidades nacional – culturales y representación de su inclusión holística en un todo que las trascienda, el espacio natural de conciliación de las relaciones humanas entre individuos de distinta procedencia.

⁷⁴ GIL DELANNOI, P. y TAGUIEFF, A, *Teorías del nacionalismo* Paidós, 1993

⁷⁵ TAMIR, Y., *Liberal Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1993

⁷⁶ BERLIN, I. *Dos conceptos de nacionalismo*. Entrevista con Nathan Gardels, 1991.

⁷⁷ BERLIN, I. *Apuntes sobre el nacionalismo (...)* Op. Cit.

⁷⁸ TAMIR, Y. *Op. Cit.*

⁷⁹ Ibid.

No obstante, tal concepción del fenómeno nacional exige, en primer lugar, un doble objetivo, a saber, analizar el condicionante cultural de la nación y en qué medida puede ser este compatible con el pluralismo propio del concepto contemporáneo de la democracia, lo cual a su vez deriva, en segundo lugar, a un tercer fin, que cierre el argumento del nacionalismo liberal, y por el que se explique la incorporación de la identidad nacional a las dinámicas del juego democrático.

Ante tal estado de cosas, y conociendo la inexistencia de concepciones cívicas de la nación que la refinen de todo componente orgánico y, a su vez, el claro componente antipluralista de toda noción dogmática de la homogeneidad de elementos diacríticos (lengua, raza, religión, etc.) como dispositivos constituyentes de la nación, cabe hacer una primera referencia a cómo revelar el componente cultural de la nación en términos pluralistas, o, en otras palabras a en qué debe consistir la cultura como elemento explicativo de aquella sin incurrir en excesos organicistas.

No obstante, para ello es preciso situar el fenómeno nacional de manera inexorable en un plano público que exceda el ámbito privado de las relaciones sociales. Tal necesidad remite a la superación de la concepción liberal rawlsiana por la que si bien es posible afirmar que las sociedades democráticas deben asumir y dar entrada al pluralismo de ideas, no es posible identificar una idea universal de bien. De acuerdo con esta visión, J. Rawls introduce el principio de la neutralidad estatal, por la cual un Estado concebido del tal forma respetaría la privacidad de sus ciudadanos y a su vez, también el principio de justicia y el pluralismo de la sociedad democrática, constituyéndose como un Estado neutral en materia cultural (también religiosa, racial, etc.) capaz, de acuerdo con Rawls, de conciliar libertad e igualdad.

Ahora bien, hay que comprender que si bien con ello Rawls apunta a la existencia de un Estado supuestamente neutral que respeta la singularidad del individuo en su esfera privada lo cierto es que esta asunción encuentra dos obstáculos, en primer lugar el hecho de que Rawls no da importancia a las lealtades de los individuos a los grupos que causan dichas singularidades y con ello obvia la relevancia moral de las particularidades y, además, niega lo que en realidad es una obviedad bajo el contexto del Estado – nación, a saber, que es sencillamente imposible que un Estado adquiera la condición de neutralidad en materia de identidades nacional – culturales, precisamente por el hecho de dar por evidente la construcción de su *demos*, pues el propio principio de las nacionalidades, en sí mismo, implica la promoción de unos valores e instituciones concretos (lengua, narrativa, símbolos, etc.) implicando entonces su preferencia a otros. De tal forma, incluso en la pretensión del Estado de la búsqueda de separar la esfera privada de la pública y ser absolutamente neutral en esta última, *“la adhesión estricta a un principio de igualdad de trato tiende a perpetuar (...) o la desventaja”*⁸⁰.

Por tal motivo, el pluralismo se conforma como una realidad de naturaleza más compleja de la que apunta Rawls, que además parte de una concepción de un individuo descontextualizado que vicia de origen su concepción de la sociedad plural e ignora el concepto de la comunidad en la formación de las identidades de los individuos, que no resultan posible separar de realidades concretas, a saber, el conjunto de instituciones en que dicha identidad se socializa.

⁸⁰ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...)* Op. Cit.

En todo caso, parece preferible optar por ensayar como hace Miller, sin escapar de la división público – privado, la presencia de una cultura pública y una privada, configuradas de la siguiente forma: *“la cultura pública es un conjunto de conocimientos sobre la naturaleza de una comunidad política, sus principios e instituciones, sus normas sociales, etc., y la cultura privada son todas aquellas creencias, ideas (...) y preferencias que pueden ser exclusivas de un individuo o, más probablemente, compartidas dentro de una familia, un estrato social (...) o lo que se ha denominado un “enclave de estilo de vida”*⁸¹

En esta línea, desde el nacionalismo liberal se hace necesario proceder a un rechazo de una concepción estrictamente orgánica de la nación mediante la sublimación (explícita o implícita) de aquellos componentes orgánicos de la misma, así como mediante la prescindencia de su corolario en la construcción de un Estado etnocéntrico (al servicio del grupo étnico o cultural dominante) y su consecuente exclusión y/o asimilación cultural. En este sentido, por tanto, para realizar este acercamiento a la nación es necesario realizar una reformulación normativa de un concepto (justificable de cultura), procediendo a las depuraciones de aquel.

Así, si *“para los participantes del debate del nacionalismo liberal la esencia de la nación venía a residir en la cultura, entendida como un vocabulario compartido que subyace a prácticas, tradiciones e instituciones”*⁸² es necesario definir su contenido con el propósito de evitar dar entrada a elementos problemáticos. Esto exige su subsecuente deslinde de conceptos claramente antidemocráticos, de carácter excluyente o fundados en criterios biologicistas (v.gr. raza) y, posteriormente, proceder a la selección de aquellos otros que pueden dar lugar al nacimiento de una conciencia intersubjetiva compartida por los miembros de una comunidad sin incurrir en la exclusión y el rechazo de la alteridad.

Así, desde el nacionalismo liberal se apunta, en un primer momento, a la inextricable relación de la nación con una serie de *“contenidos puramente culturales en un sentido lato: lengua, historia, valores, mitos y símbolos”*⁸³ (que prescinden, precisamente, de aquellos como la raza o la religión). De tal manera, esta primera concepción de la cultura la hace heredera de los elementos diacríticos (no taxativos) propios de un determinado grupo nacional y la persistencia de una serie de valores compartidos, una concepción de la vida buena articulada a nivel nacional.

No obstante, el hecho de prescindir de esos primeros elementos no implica que tal concepto no sea, todavía, exageradamente denso, de forma tal que restrinja la adaptación del concepto a los criterios pluralistas de la democracia moderna. Es por ello que, ulteriores aportaciones se centran en la exposición normativa de un concepto de cultura llevado hasta el límite de la sutilidad lo que implica adelgazar el concepto de cultura pero sin suprimirla normativamente. Cobra sentido entonces la denominada *thin national culture*⁸⁴, que apunta a la construcción de una *“dimensión identitaria articulada en torno a la lengua, cultura e historia que no exija la renuncia a las plurales concepciones de bien de la ciudadanía y que puede a la vez: 1) suministrar un común lazo identitario nacional, que 2) dota de sentido a la instituciones proporcionando un horizonte interpretativo específico, 3) permite su articulación con los principios de justicia liberales y 4) resulta compatible con el pluralismo (...) y la autonomía de cada ciudadano”*⁸⁵.

⁸¹ MILLER, D. *On nationality (...) Op. Cit.*

⁸² MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

⁸³ MÁIZ, R. *El lugar de la nación en la teoría de la democracia y el nacionalismo liberal* RECP, Nú.3, 2000

⁸⁴ KYMLICKA, W. *States, nations and Cultures*, Van Gorcuum, Amsterdam, 1997

⁸⁵ MÁIZ, R. *“Nación, Democracia y Federalismo”*, Papers de la Fundació Rafael Campalans, Núm. 140

En esta línea, siguiendo al Miller de *On Nationality*⁸⁶, es necesario llegados a este punto prestar atención a la distinción entre *public culture* y *private culture*, de manera tal que la primera debe aceptar a la(s) segunda(s), no absorberlas sino afirmándolas (sin perjuicio de que pueda convergencia entre la cultura privada de un grupo y la pública) permitiendo así conjugar las demandas identitarias, concibiendo a todas ellas como igualmente válidas, con la existencia de una identidad concreta que sirva a modo de horizonte de inteligibilidad de las instituciones sociales, políticas, etc. Esto permite alejarse de visiones comunitaristas que planteen al contexto como principal elemento constituyente del individuo y, al fin, “acomodar sobre un fondo cultural compartido una nación policéntrica, una “sociedad distinta pluralista”⁸⁷.

No obstante, si bien se contribuye a diluir con esta concepción el componente profundamente orgánico de la cultura, no deja de ser cierto que en última instancia, plantea el problema de que considera a la cultura como un todo homogéneo, diferenciado e independiente de todas los restantes, comprendiéndola como una entidad permanente y haciéndola en gran medida impermeable a la interacción de la pluralidad que se encuentra, empíricamente, en el seno de las sociedades modernas. Es por ello que se hace necesaria (y ello motiva ulteriores epígrafes) “una reformulación normativa de la nación desde una perspectiva deliberativa u multicultural, por tanto, para situar a la comunidad nacional como culturalmente plural, resultado de multiplicidades, abierta a influencias exteriores, a resignificaciones, cambiante y resultado de luchas internas (discursivas) y conflictiva en tanto que objeto de narrativas en competición, de disputas por la hegemonía en la imposición de una versión determinada”⁸⁸.

En todo caso, con anterioridad a llegar a tal extremo, es necesario comprender cómo la nación, redefinida desde el nacionalismo liberal puede llegar a incardinarse en la mecánica democrática de los sistemas actuales. En definitiva, es posible apuntar al liberalismo la existencia de una serie de interrogantes teóricos en relación con el papel de la identidad nacional en la conformación e impacto de los valores liberales, la autonomía, etc. pero en realidad, es su posterior articulación en la praxis política la razón que explica el interés normativo de la exploración anterior.

En esta línea, Tamir se pronuncia categórica: “la tendencia liberal a pasar por alto el valor inherente del nacionalismo es errónea (...) los liberales tienen el reto de dar cabida a esos elementos dignos y dar contenido a los valores nacionales dentro de los límites del liberalismo”⁸⁹, rehuyendo con ello una dicotomía engañosa que plantea ambos términos como antitéticos en virtud de su simplificación a la confrontación de razón – pasión. Así, con la intención de observar cómo la pretendida reformulación normativa liberal de la nación – que, de acuerdo con Tamir, “celebra la particularidad de la cultura junto con la universalidad de los derechos humanos, la inserción social y cultural de los individuos junto con su autonomía personal”⁹⁰ – puede impactar positivamente en las dinámicas de las sociedades liberales contemporáneas (pues ya hemos visto que, desde luego, puede tener un impacto negativo), es necesario plantearla en tres declinaciones diferenciadas: como comunidad ética de compartición de deberes morales, como contexto de inteligibilidad común y como espacio público de expresión de la singularidad.

⁸⁶ MILLER, D. *On nationality (...) Op. Cit.*

⁸⁷ LAFOREST, G. *Liberalismes et nationalismes Quebec, 1995* en MÁIZ, R. *Nación, democracia (...) Op. Cit.*

⁸⁸ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

⁸⁹ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

⁹⁰ *Ibid.*

La estandarización democrática de la nación. La nación como comunidad ética.

Una vez resulta aceptada la ineluctabilidad de la nación y la identidad nacional como fenómenos inherentes a las sociedades actuales, cabe plantearse su estandarización en términos democráticos, es decir, cabe plantearse el análisis cualitativo de aquellos vínculos que unen – o llegado el caso pudiesen unir – a la nación con las dinámicas democráticas, de forma tal que incluso en determinados contextos pueda explicar la cinética de las mismas.

En este sentido, destaca en primer lugar la capacidad de la nación para constituirse como comunidad de carácter ético, como entidad matriz de valores que relacione los de los individuos con la sociedad y de los integrantes de estos entre sí, mediante la generación de una compartición de deberes morales entre connacionales. Así, esta concepción de la nación como comunidad ética parte la admisión habitualmente implícita (aunque cabría que fuese explícita), por parte de aquellos individuos que comparten una identidad nacional común de la existencia en sus relaciones interpersonales, de unas obligaciones de naturaleza ética que, en cambio, no comparten con aquellas personas extrañas a dicha identidad. Implica, en definitiva, la interiorización consciente o inconsciente de que existen entre los connacionales una red de compromisos velados en los que la identidad cultural – nacional juega un papel esencial.

No obstante, esto a su vez redundaría en el rechazo, al menos parcial, de una ética de carácter universal, que sitúa a todos los seres humanos sin excepción en un idéntico nivel, abogando por su consideración homogénea independientemente de su identidad nacional, de género, de clase, etc. posición rechazada desde la ética particularista, por su artificial abstracción, que implica la consideración privilegiada de los connacionales.

De tal forma, la existencia de vínculos solidarios entre connacionales nace, fundamentalmente, del desarrollo personal en un contexto idéntico y, en especial, por el carácter recíproco de tales compromisos, cuya existencia se ve reforzada por su realización y continuación mantenida en el tiempo, fortaleciendo con ello subsecuentemente la idea de comunidad y el sentimiento de pertenencia a la misma. En esta línea, la motivación de estos lazos éticos radica en el hecho de que el propio individuo observa que la contribución al bienestar de la comunidad y sus connacionales reitera en su propio beneficio, bien directamente, esperando (consciente o inconsciente) la reciprocidad de los demás cuando sea necesaria para aquel o indirectamente, mediante la optimización de la organización social, que redundaría en el beneficio propio.

Se produce así una vinculación entre intereses personales y obligaciones comunitarias, que se vigoriza bajo ciertos contextos circunstanciales específicas. Así, citando a Orwell, el ejemplo más evidente puede ser la situación bélica: *“puede haber momentos en que la nación entera se junte de manera repentina y actúe de la misma forma, como un grupo de ganado enfrentándose al lobo. Ocurrió un momento así, inequívocamente, en el instante del desastre de Francia. Tras ocho meses de vago cuestionamiento al respecto de en qué consistía la guerra, el pueblo supo (...) qué tenía que hacer: sacar al ejército de Dunquerque (...). Fue como el despertar de un gigante”*.

Ciertamente, el ejemplo de Dunkerque resulta claramente ilustrativo en este ámbito: acorralado el ejército británico en las playas de Dunkerque ante el avance de las tropas alemanas, una armada de pequeños barcos de marineros y pescadores de todo el sur de Inglaterra, tripulados por sus propietarios civiles, se lanzó a un Canal de la Mancha sobrevolado por la *Luftwaffe* con la esperanza de poner a salvo a los soldados atrapados o rescatar a los rezagados en el mar. Cientos de miles de hombres salvaron la vida.

Dos días después, los alemanes entraron en el puerto. Se quedaron durante cinco años. Sin embargo, el milagro de Dunkerque sustentó la moral británica y contribuyó de manera significativa a la retórica de la lucha *“en las playas, (...) campos y calles”* y, en último término, *“a la defensa de nuestra isla, cualquiera que sea el coste”*⁹¹.

Ahora bien, esta concepción de la nación como comunidad ética de compartición de deberes y obligaciones con los connacionales merece ciertas matizaciones, en primer lugar dada la necesidad de aclarar su fondo y, en segundo lugar, con el objetivo de identificar sus extremos. Así, tal y como se infiere de lo ya señalado, asumir la existencia de deberes implícitos compartidos en la lealtad nacional, esto no implica admitir que los individuos deban ser en todo caso igualmente altruistas con las personas con las que compartan tal pertenencia.

Huelga decir que, si bien *“las comunidades humanas no pueden mantenerse, y mucho menos prosperar, a menos que sus miembros desarrollen un cierto sentido de responsabilidad mutua hacia los demás”*⁹² existen casos en que la preferencia hacia las necesidades de aquellos con quien comparto valores nacional – culturales deben marginarse en virtud de otros intereses de mayor relevancia. Así por ejemplo, *“cuando las necesidades de los extraños son mucho más urgentes que las de los miembros, nuestra obligación de ayudarles puede ser mayor que nuestra obligación comunitaria de preferir a los compañeros”*⁹³.

Similar conclusión cabe extraer de supuestos en los que, en casos de necesidad extrema, la atención prioritaria fuese atribuida, de manera exclusiva, para los connacionales, en especial cuando existiesen los recursos necesarios para no tener que priorizar dicha atención y condenando con ello a los no connacionales. Resulta evidente que actuar de tal modo implicaría – al igual que el caso anterior – caer en actitudes excluyentes, en absoluta contradicción con todos los principios relativos a la integración de la pluralidad en la dinámica política propia del nacionalismo liberal. Por otro lado, resulta más que evidente que en consonancia con la existencia de numerosas identidades colectivas y su yuxtaposición en las sociedades democráticas contemporáneas, y su cruce puede generar diferentes prelación de preferencias en la atribución y realización de deberes, pudiendo anteponerse la identidad de género o clase, en determinadas circunstancias, a la identidad nacional – cultural e incluso es posible que de aquellas se deriven deberes morales más estrictos que los impuestos por estas.

Ahora bien, esto no implica que la vinculación ética derivada de la nación sea trivial o solamente adquiera importancia en circunstancias excepcionales, a título de ejemplo, de acuerdo con Miller, el funcionamiento del Estado del Bienestar encuentra también explicación en la identificación de valores nacionales compartidos. Así, los *“Estado del bienestar (...) siempre han sido proyectos nacionales, justificados sobre la base de que los miembros de una comunidad deben protegerse mutuamente y garantizarse un respeto igualitario. Si las identidades nacionales comienzan a disolverse, los ciudadanos (...) tendrán menos motivos para ser ciudadanos activos y las élites políticas tendrán más libertad para dismantelar las instituciones que actualmente contrarrestan en cierta medida el mercado global”*⁹⁴.

⁹¹ CHURCHILL, W. *We shall fight on the beaches*, Discurso ante la Cámara de los Comunes, 4 jun. 1940

⁹² TAMIR Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

⁹³ Ibid.

⁹⁴ MILLER, D. *On nationality (...) Op. Cit.*

Finalmente, cabe hacer una aclaración respecto del fondo de tal distinción en la prelación de preferencias establecida por el nacionalismo liberal, pues podría considerarse que, en realidad, lo que aquí se esconde es la comprensión de que *“lo que es mío es más valioso que lo tuyo”*⁹⁵ cuando en realidad, lo que el nacionalismo liberal implica, exclusivamente, es que *“Tengo más obligación hacia ellos que hacia los extraños porque son miembros de mi comunidad. Del mismo modo, cuando afirmo que la preservación de otras culturas nacionales, no hago más que afirmar que ese es mi caso, mientras que reconozco que para los miembros de otras culturas, la preservación de sus culturas es más importante para ellos”*⁹⁶.

Se infiere que, entonces, no existe una mejor caracterización cualitativa de lo propio desde una vertiente objetiva sino que la diferenciación es subjetiva: a ojos de un sujeto concreto, los miembros de su comunidad (siempre que no se den las excepciones anteriores) partirán de una posición prioritaria a la hora de atribuir deberes morales a los restantes connacionales.

De tal manera, se excluye la preocupación moral de abandonar a los no – miembros y se justifica un particularismo ético (en exclusión de un universalismo ético) que motiva un interés preferencial que, sin embargo, según Gewirth *“no puede extenderse a la violación de los derechos morales de otras personas”*⁹⁷ y que, en segundo lugar, al no tratarse de identidades orgánicas absolutas (tal y como se verá en epígrafes posteriores) sino de identidades que admiten interacción (abiertas) y, además, es posible reunir numerosas identidades colectivas de manera coetánea, los límites entre unas y otras identidades se difuminan, disipando también con ello la frontera taxativa de la condición de miembro y convirtiéndola en algo totalmente permeable y, además, haciéndola depender también de la situación que se trate.

Además, finalmente, esto dibuja con relativa nitidez el límite último entre la consideración permisible del nacionalismo – en tanto que liberal, democrático y plural – y aquellas concepciones inflamadas de un nacionalismo patológico de las que advertía Isaiah Berlin.

Así, en contraposición con aquellas nociones por las que *“si la satisfacción de las necesidades del organismo al que pertenezco resulta incompatible con el cumplimiento de los objetivos de otros grupos, yo, o la sociedad a la que pertenezco indisolublemente, no tenemos más remedio que obligarles a ceder, si es necesario por la fuerza. (...) Nada que obstruya (...) mi meta suprema, puede tener el mismo valor que ella”*⁹⁸ el nacionalismo liberal plantea un individualismo que reconoce a cada grupo humano legitimidad para seguir sus propios objetivos siempre que (y solo si) los restantes grupos también dispongan de idéntica posibilidad, y estos no resulten evidentemente afectados por tal acción, siguiendo así la máxima de Mazzini *“debes preguntarte cada vez que realices una acción en el ámbito de tu país (...) si lo que estoy haciendo fuera hecho por todos y para todos (...) ¿beneficiaría o perjudicaría a la humanidad? Y si (...) perjudicaría a la humanidad, desiste (...) aunque te parezca que de tu acción se derivaría una ventaja inmediata para tu país”*⁹⁹

⁹⁵ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...)* Op. Cit.

⁹⁶ Ibid.

⁹⁷ GEWIRTH, A. *Ethical Universalism and Particularism*, Journal of Philosophy, n.85, 1988

⁹⁸ BERLIN, I. *Against the current*, Oxford: Oxford University Press, 1979

⁹⁹ MAZZINI, J. *The duties of man and other essays*, London: J. M. Dent & Sons, 1907

La estandarización democrática de la nación. La nación como contexto común de decisión.

Además de como comunidad ética, la estandarización de la nación de acuerdo con los parámetros liberal democráticos exige identificar a la nación como la circunstancia necesaria para el desarrollo normativo de los valores individuales, del yo de cada ciudadano. En esta línea, la identidad nacional – cultural aparecería precisamente aquí como la circunstancia que salva al individuo y lo moldea en sí mismo, la sociedad, la nación aparece como dispositivo configurador del individuo eludiendo con ello un individualismo exagerado (asocial) que niega el origen comunitario de muchos de los valores sociales y políticos que explican las instituciones.

En esta línea, el individuo, a lo largo de su proceso de socialización adquiere e interioriza una serie de conocimientos, conceptos y pautas (instituciones) que, en último término, afectan a su capacidad cognitiva. La reiteración social cualitativa y persistente en el tiempo de determinados patrones es interiorizada por el propio individuo, que a su vez se convierte finalmente en agente de tal reiteración. Este hecho, no obstante, hace confrontar la autonomía personal (concepto fundamental en el liberalismo) con la incardinación del individuo en un contexto dado. Así, ello lleva a concebir al ser humano como ser no independiente de su circunstancias sino como ente moldeado en función de su interacción con el contexto (y con él con la identidad nacional – cultural) siguiendo a Tamir, *“si las cualidades humanas no están libres de contexto, entonces términos como cultura, pertenencia (...) que son centrales en el discurso nacional, se vuelven fundamentales”*¹⁰⁰ de forma tal que, en realidad, *“una mirada más atenta revelará que los liberales no tienen por qué rechazar la importancia de la contextualización cultural, mientras que los nacionalistas no tienen por qué ignorar la importancia de la libertad personal”*¹⁰¹.

En esta línea, las corrientes liberales no rehúyen la vertiente profundamente social del ser humano, así lo deja patente, Rawls – a modo de (reciente) ejemplo – en la célebre *Teoría de la Justicia*, al afirmar que *“los éxitos y el disfrute de los demás son necesarios y complementarios a nuestro propio bien”*¹⁰².

Ahora bien, esta imagen social del ser humano requiere un añadido ulterior en virtud de su conciliación con perspectivas de carácter nacional, que es el siguiente: en qué medida adquieren sentido de pertenencia los individuos en relación con la sociedad que requieren para la consolidación de su desarrollo y en qué medida se vincula esta pertenencia con la identidad personal. Aquí, de nuevo Rawls presupone la pertenencia al grupo como elemento constitutivo de la identidad personal de cada individuo, cuando afirma que *“los ciudadanos pueden considerar simplemente impensable verse a sí mismos al margen de ciertas convicciones religiosas, filosóficas y morales, o de ciertos apegos y lealtades duraderas”*¹⁰³. En este sentido, asumir la incidencia del contexto cultural en que se incardina el individuo sobre este implica ponderar tal incidencia en tanto que fenómeno cincelador de las decisiones individuales, al contextualizarlas y dotarlas de sentido en la medida en que aporta los criterios y parámetros por los cuales se explican social e individualmente dichas decisiones.

¹⁰⁰ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

¹⁰¹ Ibid.

¹⁰² RAWLS, J. *Teoría de la Justicia*, Oxford University Press, Oxford, 1972

¹⁰³ RAWLS, J. *Justice as fairness: political not metaphysical*, Philosophy and Public Affairs, 1985

No obstante, cabe preguntarse cuál es la capacidad de influencia de dicha circunstancia en la construcción personal de los individuos y la constitución de sus valores, donde adquiere relevancia C. Taylor y su *strong evaluator*¹⁰⁴ (evaluador contextualizado/situado) conforme al cual la libertad del individuo no reside exclusivamente en las preferencias del mismo individuo, sino del potencial de estas para la realización de aquel. Ahora bien, la selección de los fines que respondan a esa realización personal (y de las preferencias que conduzcan a ella) no resulta realizable en el vacío, de manera absolutamente abstracta, sino que se encuentran inescindiblemente unidos a aquellos bienes que al individuo se le presentan como significativos, con tal grado de intensidad que los asume como propios, punto a partir del cual obtiene relevancia el concepto de “horizonte” comprendido este como un sustrato común de inteligibilidad, como un fondo de sentido que “permite la expresión culturalmente definida de los significados, dotando de sentido a las elecciones del agente humano”¹⁰⁵. Así, de acuerdo con ello, “ciertos rasgos fundamentales son inseparables de nosotros mismos como agentes”¹⁰⁶.

De tal forma, la autonomía propia de la tradición liberal queda reconocida como elemento central en el comportamiento de los sujetos, pero a su vez, obligatoriamente situada en un contexto concreto, que reconozca el alcance de aquellos objetos de valoración que poseen relevancia con independencia del individuo en sí mismo. Llegados a este punto, “una comprensión de la autonomía que suponga una libertad radical y desvincule al sujeto de la naturaleza exterior e interior, privará de sentido a la elección”¹⁰⁷.

De esta manera, de acuerdo con Tamir es posible encontrar en la figura del *strong evaluator* un punto de consenso entre posiciones liberales y nacionalista, de forma tal que “liberales y nacionalistas podrían considerar que los *strong evaluators* incardinan sus propias perspectivas. La capacidad de los evaluadores fuertes para reflexionar y evaluar las preferencias y los intereses podría considerarse un atributo liberal, mientras que los nacionalistas podrían considerar que la inserción de los evaluadores en un contexto cultural y la primacía dada a la pertenencia social como condición previa para la elección son un ejemplo del pensamiento nacional”¹⁰⁸.

Ahora bien, señalar que los valores básicos y las instituciones reflejan el contexto que moldea al propio individuo no implica afirmar la incapacidad del sujeto para reflexionar sobre su propio contexto y las instituciones que lo conforman, sino al contrario, implica reconocerle conciencia de este para poder reflexionar sobre él (*radical reflection*). Ahora bien, de acuerdo con Tamir, dada la situación del individuo en su contexto “A primera vista, parecería que si tenemos un conjunto coherente de valores, para reevaluar algunos de ellos debemos apelar a valores que están fuera de nuestro “horizonte” (de evaluación). Ello nos obligaría a inventar un conjunto de valores totalmente nuevo (...) o bien a apelar a alguno que prevalezca en otro lugar (...) proceso que implica (...) imitación y adaptación. Se trata de un fenómeno moderno, (...). El descubrimiento de que otros tienen un conjunto diferente de normas y creencias puede tentarnos a reconsiderar las nuestras”.

¹⁰⁴ TAYLOR, C. *Philosophical Papers*, 2 vols. Cambridge, Cambridge University Papers, 1985

¹⁰⁵ BENEDICTO RODRÍGUEZ, R. *Charles Taylor: el ser humano y el bien*, Universidad de Zaragoza, 22 sept. de 2010

¹⁰⁶ TAYLOR, C. *Philosophical Papers (...)* Op. Cit.

¹⁰⁷ BENEDICTO RODRÍGUEZ R. *Charles Taylor (...)* Op. Cit.

¹⁰⁸ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...)* Op. Cit.

En este sentido, es precisamente este proceso el que da viabilidad a dos fenómenos diferenciados: el primero matizar cuestiones del contexto propio y, por tanto, de su incidencia sobre los mismos individuos y, el segundo (*going native*), la posibilidad de incardinarse en un contexto distinto del que el sujeto se incardinaba originalmente al asumir completamente los principios – valores de aquel y que no tienen por qué implicar, o no exclusivamente, valores nacional – culturales. Ahora bien, estos valores sí juegan un rol fundamental en estos procesos, cabiendo preguntarse si un sujeto podría escoger la identidad nacional – cultural que compartir, o lo que es lo mismo, qué capacidad tiene un individuo para desprenderse de su contexto, sus valores nacional – culturales y optar por la elección libre de otros.

Siguiendo con Tamir, conceptos como asimilación o renovación de la identidad nacional (*renewal of national identity*) demuestran la posibilidad efectiva de variar/mantener dichos valores a pesar de la posibilidad de graduar su éxito (dada la habitual distorsión de valores ajenos con los propios). Así, la renovación cultural o interiorización de los valores nacional – culturales de antepasados encaja con el respeto por la tradición y el pasado propio de la identidad nacional – cultural e implica adoptar lo que los predecesores fueron, que además constituye una posibilidad cuantitativamente más probable que la asimilación a unas instituciones ajenas.

Ahora bien, en las sociedades contemporáneas la interacción de identidades culturales constituye – de una manera u otra – una constante nuclear de las primeras. Esto, en realidad, lleva implícito que el elector/evaluador contextualizado/situado si bien es cierto que queda longitudinalmente atravesado por el horizonte contextual en el que se incardina, también lo es que, en las comunidades humanas actuales adquiere cada vez más protagonismo la relación constante y persistente de valores e identidades diferenciados.

El sujeto, histórica, social y culturalmente mediado por aquellos criterios y parámetros compartidos con otros nacionales y que ha interiorizado en su proceso socializador adquiere ahora precisamente también como parte del contexto en que se socializa la misma interacción de su identidad y sus valores con todos los demás. De esta forma, de nuevo Tamir apunta a que esto posee dos efectos: en un sentido fuerte, la diversidad de culturas garantiza un contexto de reflexión sobre la propia identidad y valores nacional – culturales “*genuino, que ofrezca modelos de imitación e incluso opciones de asimilación*” y en un sentido débil “*preferimos la diversidad cultural porque amplía el abanico de posibilidades de (...) enriquecimiento*”¹⁰⁹.

Ahora bien, en la medida en que se admite la posibilidad de la selección de la lealtad identitaria, la lealtad nacional – cultural responde a una doble vertiente: una primera constitutiva y una segunda elegible. Así, de acuerdo con Tamir, el concepto de nación propio del nacionalismo liberal exige una concepción del sujeto “*que encarna tanto la virtud liberal de la autoría propia como la virtud nacional del arraigo. (...) una persona autónoma que puede reflexionar, evaluar y elegir (...) pero es capaz de tales elecciones porque está situada en un entorno social y cultural concreto que le ofrece criterios de evaluación (...) la autonomía y las facultades de reflexión crítica y de elección son características esenciales de este concepto de persona, pero también lo son las afiliaciones culturales, las creencias religiosas y las concepciones del bien, es decir, los productos de estas elecciones*”¹¹⁰.

¹⁰⁹ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

¹¹⁰ *Ibid.*

De tal manera, “el individuo contextual combina la individualidad y la sociabilidad como dos rasgos igualmente genuinos e importantes. Permite una representación del liberalismo que es consciente del carácter vinculante y constitutivo de las pertenencias culturales y sociales, junto con una interpretación del nacionalismo que concibe a los individuos como participantes libres y autónomos en un marco comunitario”¹¹¹.

Ahora bien, esto lleva a una consideración subsecuente, que consiste en considerar en qué medida se da esta relación entre situación constitutiva y voluntariedad. Aquí, igualmente siguiendo a Tamir (y Miller), más allá de valorar la pertenencia nacional como un elemento constitutivo de la identidad personal, pues en la medida en que “aunque X pueda ser reemplazada por una serie de variantes – (...) grupos nacionales – esto no implica que uno pueda ser ninguno de estas (...) la pertenencia a una cultura nacional forma parte de la esencia del ser humano” hay que señalar que la capacidad de la identidad nacional – cultural y sus valores para incidir en el comportamiento humano depende, en parte, del grado de voluntariedad con que el individuo los acepte, así “sólo cuando elegimos aceptar nuestras afiliaciones culturales, así como los valores que éstas sugieren, la cultura puede asumir realmente su valor instrumental”.

Y esto es así, en primer lugar, porque desde el nacionalismo liberal se postula que si, previo proceso de *radical reflection*, se considera rechazar los valores propios de la nación en que el individuo primeramente se socializó, entonces cabría pensar que el individuo habría optado por negar a esa cultura su capacidad para prestarle, a sí mismo, el horizonte de evaluación común (compartido con los restantes connacionales) que defina el contorno y la forma en que opere su autonomía personal. En segundo, porque como también expone Tamir, el individuo debe poseer la cualidad de “definir los significados que se atribuyen a esta pertenencia, es decir, deben ser ellos quienes decidan las prácticas culturales que desean adoptar y las formas de expresarlas”¹¹².

En este sentido, cabe decir que en relación con estos dos aspectos, esto supera el contenido orgánico del pensamiento nacionalista, en la medida en que rechaza no solo la naturaleza innata de la pertenencia, sino porque somete la índole y la intensidad de tal pertenencia al ámbito decisional del individuo, situándola al alcance de sus preferencias y de su voluntariedad.

La estandarización democrática de la nación. La nación como espacio público.

En último término, la conexión normativa de la nación con la práctica democrática contemporánea exige, desde el nacionalismo liberal, su caracterización como foro de deliberación identificando a aquella como un dispositivo de refuerzo de la actividad pública de los individuos. Inciden en este fenómeno los dos anteriores, en la medida en que de la comunidad ética que es la nación se deriva igualmente la existencia de un mayor compromiso en el devenir de político de aquel y, en segundo lugar, porque para poder actuar con eficacia en el espacio público es necesario compartir (y haber aprehendido con anterioridad) el horizonte de sentido/inteligibilidad tayloriano. De aquí que, por ejemplo Kymlicka establezca categóricamente que “democracia sea política en lengua vernácula”¹¹³.

¹¹¹ Ibid.

¹¹² Ibid.

¹¹³ KYMLICKA, W. *Politics in the Vernacular, Nationalism, Multiculturalism and Citizenship*, Oxford, 2001

Kymlicka se sitúa entonces en consonancia con la línea mantenida anteriormente, y en consecuencia, parte de la base de que las sociedades liberales desarrolladas necesitan su propia *cultura pública* para el adecuado funcionamiento de sus dinámicas y, como es evidente, esta también se manifiesta en el contorno de las líneas maestras del espacio público. En este sentido, cuanto mayor sea la definición del horizonte de inteligibilidad, mayor será la normalización de los valores nacional culturales, más extendidos se encontrarán estos y, finalmente, más dotado de sentido se encontrará y mayor será la participación de los individuos en aquel.

En este sentido, esto conlleva dos consecuencias, en primer lugar, el espacio público se reafirma en su papel de componente fundamental de la organización y decisión de la vida colectiva (habitual, más bien, en la tradición republicana) y como elemento nuclear en democracia en tanto que posibilitador del encuentro popular y lugar de confrontación argumentativa y legitimación del debate público, constituyendo con ello el escenario donde significar y expresar, por ejemplo, las identidades.

El espacio público nace entonces como la esfera en que el individuo puede proceder a la expresión libre de aquellos aspectos de su personalidad o de aquellos asuntos que se encuentren lindados con su identidad o a su condición de miembro del grupo. Al fin, implica el reconocimiento de la singularidad propia, su exposición pública y su problematización en el ámbito del debate político y social. En este sentido, esta expresión pública, se hace necesaria para la protección de los valores nacional – culturales propios (mientras que, por el contrario, imposibilitar su exposición, por el contrario, implicaría su progresiva desaparición) y su hipotético florecimiento, convirtiéndose esta cuestión en uno de los puntales sobre los que apoyar el objetivo cultural que Tamir identifica como fin último del nacionalismo (*ut supra*), quien no en vano afirma: “*la existencia de un espacio público compartido es una condición necesaria para garantizar la conservación de una nación como comunidad (...) activa*”¹¹⁴.

No obstante, resulta evidente que esta pública exposición de la particularidad solo cabe en contextos de tolerancia, es decir, cuando esta singularidad y aquellos que la comparten son reconocidos por quienes no lo hacen de modo igualmente legítimo que ellos mismos, de forma tal que – en tanto que grupo – los primeros se ven representados y ven respetada su identidad.

Esto exige por tanto, la necesidad del reconocimiento público del valor de la identidad en cuestión, dado que sin la valoración positiva de los restantes individuos y el reconocimiento simbólico de aquellos, no es posible la introducción de las identidades en las dinámicas democráticas mediante su incorporación al debate público. En otras palabras, la participación y deliberación conjunta de minorías y mayorías en un mismo espacio público no puede darse sin el reconocimiento de reciprocidad y principios de respeto universal.

Además, en esta línea, cabe esperar que de la conciencia de una identidad común y, especialmente, de la compartición de deberes morales hacia los connacionales, haya una participación más activa en dicho espacio público, dado que los individuos se verán incentivados (en virtud de su identidad y de los deberes que le unen al resto) a participar en la exposición pública de sus propios valores nacional – culturales y de la posible problemática que de estos se puedan derivar, contribuyendo con ello también a su persistencia.

¹¹⁴ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

Es más, es que de acuerdo con Miller, esta exposición pública de la identidad podría llegar a alcanzar extremos muy relevantes, dado que las propias obligaciones y deberes éticos e incluso la totalidad de “*la public culture (...) puede ser reformulada con el tiempo*”¹¹⁵ lo que podría abrir la posibilidad de situar en el debate público las propias identidades, los valores nacional – culturales y todas cuantas instituciones de estas se puedan derivar de ellos.

Así, en contextos multiculturales – y hoy, dada la presencia de minorías nacionales y los movimientos migratorios prácticamente todas las sociedades lo son – ello implicaría someter a la *public culture* y sus valores a un proceso de constante comparación e imitación con los valores nacional – culturales de otras identidades diferentes con las que se comparte tal espacio público, lo que además tendría una influencia directa en los (posibles) procesos de *radical reflection*, facilitando a los sujetos referencias con que cotejar aquellos valores en que se socializaron.

Así, es posible conciliar, de nuevo en este punto los valores del pensamiento nacionalista con las creencias del pensamiento liberal en la medida en que es posible observar el ejercicio cierto de la autonomía y se permite a los individuos autoconocerse a sí mismos como determinantes de las instituciones que a ellos mismos definen. Así, la autonomía se consolida tanto dibujada en un contexto previamente establecido por ella como por su ejercicio en el espacio público definiendo tal contexto.

De hecho, cabe de nuevo volver aquí sobre la distinción entre complejidad estructural en los términos de Sartori y el significado real del pluralismo, dado que Miller, cuando afirma que el multiculturalismo entendido como complejidad estructural (i.e. convivencia de múltiples identidades en un mismo espacio) no tiene por qué implicar la existencia de un espacio público común, sino que puede ser reflejo de una sociedad fragmentada cuya superación, precisamente, solo puede darse mediante una solidaridad que el espacio público y el ejercicio de la autonomía en el mismo aportan.

Redefinición de la nación como comunidad política plural y proceso *in fieri*. Aportación de Ramón Máiz.

A pesar de todo lo anterior, podría considerarse que las tesis del nacionalismo liberal poseen profundas carencias, de entre las que destaca la ausencia de una verdadera dimensión política en el concepto de nación, cayendo en el tópico de caracterizarla, en ocasiones, en términos profusamente pre – políticos, como realidades objetivas, homogéneas y diferenciadas taxativamente de las demás.

De esta manera, concebir a la nación como el elemento cimentador de los *demos* de las sociedades multiculturales y democráticas contemporáneas en consonancia con los principios del pluralismo exige – más allá del rechazo de plano de la nación monista, sea cual sea la concepción que la sustente y la depuración del posible peso antipluralista y antidemocrático de determinados componentes orgánicos – abrir la nación a la deliberación, de forma tal que la nación se considere, a cada momento presente, como la fotografía estática de un proceso dinámico, plural y conflictivo en tanto que objeto de marcos discursivos en competencia por su ulterior imposición sobre los restantes.

¹¹⁵ MILLER, D. *On Nationality (...) Op. Cit.*

En realidad, esto es lo mismo que decir que la nación no puede ser permanente, perenne, sino más bien una entidad maleable y elástica, susceptible a influencias tanto internas como externas que no vienen a redundar sino en su relatividad, esto es, en su carácter no categórico. A su vez, esto lleva implícita la posibilidad de afirmar su explicación como el contexto de interacción permanente de diferentes discursos, o lo que es lo mismo, su carácter necesariamente plural que, en última instancia, hace ficticia la posibilidad final de su cierre en contextos democráticos.

La nación se constituye así como un proceso *in fieri*, que se consolida con su propio desarrollo, y que además, es heterogéneo por su propia definición (de ser homogénea no habría proceso, sino directamente resultado). Así, la nación queda expresada como el fruto final de la tensión persistente entre las concepciones de la misma provenientes de la pléyade de mayorías y minorías nacional – culturales que se encuentra en su seno (y que además, aunque si bien de acuerdo con Smith nunca podrán superar a la nacional, sí pueden yuxtaponerse con otras identidades, multiplicando las posibles declinaciones identitarias). En definitiva, ante tal estado de cosas, no puede hacerse sino poner de relieve la contingencia de la nación en el momento histórico concreto, que pudo suceder de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedió así y que, además, posee una clara tendencia a la concatenación, pues es saldo y también causa de otras concepciones de la nación en momentos históricos anteriores y también sucesivos.

Por ello, una concepción de la nación acorde a los parámetros democráticos contemporáneos exige una concepción pluralista de la nación como *“procesos abiertos de lucha por la hegemonía en la construcción de la identidad colectiva (...) desde la participación, la competición y la deliberación”*¹¹⁶. En esta idea de nación, si bien la preexistencia de elementos diacríticos puede resultar explicativa de aquella, no lo hace por sí misma, sino que precisa de una movilización política que la complete, es decir, la presencia de una *ethnie* concreta (y las concretas dimensiones que le dan forma) resulta un factor preciso pero no suficiente, en la medida en que es al discurso nacionalista, y aquí adquiere importancia el rol de la *intelligentsia*, a quien corresponde funcionar a modo de instrumento de construcción de la nación en los contextos oportunos para ello. Así, *“el nacionalismo ni expresa ni refleja ni exterioriza una nación previa (...) sino que a través de la movilización, el discurso y el conflicto la construye políticamente”*¹¹⁷ de forma que *“cabe imaginar una infinidad de modalidades discursivas nacionalistas fundadas en una gama amplísima de potenciales elementos diacríticos. Pero es probable que solo unas pocas variantes tengan capacidad de tracción en un contexto cultural y político dado”*¹¹⁸.

En esta línea, el *demos/demoi* necesario para la viabilidad de toda democracia, quedaría así constituido por el juego de tensiones y equilibrios entre concepciones de la nación propias no solo de la diversidad (en tanto que complejidad estructural en términos de Sartori) de la sociedad, sino de la práctica pluralista que implica la adhesión de las minorías y mayorías a las dinámicas políticas. No obstante, aquí la *“la política, en cuanto acción e institución, debe reubicarse no como la mera expresión exógena de una nación previa, sino como el decisivo proceso creador, y por ello endógeno, productivo y contingente, de la siempre inacabada y disputada construcción de toda identidad nacional”*¹¹⁹.

¹¹⁶ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

¹¹⁷ Ibid.

¹¹⁸ LLAMAZARES, I. *“Entre la comunidad y la diversidad” (...) Op. Cit.*

¹¹⁹ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

Se logra así la incorporación de las particularidades nacional – culturales propias de toda nación estructuralmente compleja (i.e. en la sociedad contemporánea todas) al espacio público y con ello, por tanto, también integración de la pluralidad de las mismas en las mecánicas intrínsecas de la democracia liberal – republicana. Con ello, al dibujar la nación como entidad internamente plural, es posible democratizar su esencia al convertir esta en un asunto susceptible de deliberación en el marco de diálogo ofrecido por el espacio público y se posibilita, al mismo tiempo, atender teóricamente a la conformación del *demos* en el binomio *demos – kratos*.

Igualmente, esta atención a la conciliación de las identidades minoritarias con las mayoritarias y la búsqueda persistente del equilibrio de sus intereses, además de – por definición – eliminar la posibilidad de exclusión y eliminación de las minorías, hace lo propio con las tendencias a la asimilación. Se evita además la identificación del interés de la nación con el interés de la mayoría que se encuentra en posición de dominancia, o lo que es lo mismo, del grupo étnico principal (lo que contradice, como es evidente, la acción habitual por parte de los Estados – nación, a saber la imposición de una cultura, lengua, relato, etc. de la nación mayoritaria).

De la misma manera, la aprehensión de la necesidad de equilibrar la posición de los *demos* implica a su vez comprender, como se ha reiterado, que en la actualidad resulta complejo encontrarse con Estado poseedores de un *demos* homogéneo, debido a la presencia de minorías nacionales derivadas de una serie de condicionantes históricos o sociológicos concretos (quizá España o Canadá resulten aquí paradigma) o debido a movimientos migratorios (quizá Francia o Estados Unidos constituyan aquí buenos ejemplos) sino más bien por *demos*, es decir, por un *demos* constituido por grupos con valores e identidades diferenciadas.

A su vez, esto exige el rechazo frontal de la ecuación un Estado = una nación, o lo que es lo mismo, lleva implícita la impugnación del principio de las nacionalidades disolviendo con ello la inocuidad de su aplicación en *zonas mixtas* en términos de Kedourie, permitiendo con ello que en aquellos territorios en los que es posible encontrar más de una comunidad lingüística, cultural o étnica auspiciar una solución no violenta a la superposición de diferentes identidades nacional – culturales en, en ocasiones, territorios muy concretos.

Con ello, la convivencia de estas minorías en un mismo espacio y la aportación de sus valores nacionales al espacio público “*se añade una dimensión adicional al pluralismo clásico de Estados democráticos (...) se incorpora la pluralidad de culturas consideradas como un valor de estas sociedades, para ser protegidas por el ordenamiento jurídico – estatal*”¹²⁰.

En este sentido, se hace necesario poner de relieve la naturaleza abierta, dinámica y plural de las culturas y naciones, que dejan de considerarse (desde el monismo) conjuntos de valores perennes e inmutables sino procesos continuos de significación, interpretación y resignificación de elementos comunes y externos, bajo la influencia continua de estímulos e influjos que se producen tanto desde su interior como desde su exterior. Así, “*procesos siempre in fieri, en estado de elaboración por parte de sus miembros y, por lo tanto, dotadas de un grado importante de debate y aun conflicto (...), lo que las dota de inevitable indeterminación y contingencia y, a su vez, las dota de consustancial apertura y adaptación a influencias*”¹²¹

¹²⁰ Ibid.

¹²¹ Ibid.

En este sentido, apunta Máiz, independientemente de la existencia de una serie de precondiciones socioeconómicas o de alternativas políticas consolidadas que contribuyan a la identificación de momentos de oportunidad para el nacionalismo, lo cierto es que este no podría en ningún caso tener lugar sin la presencia previa de una serie concreta de elementos de carácter diacrítico, que no obstante, son presentadas como *“materia prima reelaborada, seleccionada y, en su caso, abiertamente inventada por los intelectuales y los movimientos nacionalistas”*¹²². Como se ha mencionado, adquiere relevancia aquí el papel de las alternativas políticas nacionalistas y la *intelligentsia*, pues corresponde a ellos seleccionar y promover los elementos diacríticos que estiman provechosos para la construcción (siempre pública y plural) de su nación en concreto, de forma tal que, derivando al nacionalismo (entendido en una vertiente enteramente política) *“ni refleja ni exterioriza una nación previa [...], sino que a través de la movilización, el discurso y el conflicto, la construye políticamente”*¹²³. Una vez llegados a este punto, *“la nación, en suma tiene que ser considerada como un ámbito decisivo en la lucha por la hegemonía”*.

Esto implica conocer que, es sobre una relación de elementos étnico – culturales concretos donde se materializa el carácter dinámico y contingente de la nación, como un proceso abierto y siempre inconcluso, lo que supone en última instancia, que las naciones pueden ser política y culturalmente definidas y redefinidas de forma constante, lo que finalmente niega la posibilidad de su clausura en términos monistas en contextos democráticos. En conclusión, esta definición de la nación supera el tradicional acercamiento desde el nacionalismo cívico y étnico y plantea una nación plural, abierta a la deliberación y a la resignificación constante de una entidad dada.

La realidad étnico – cultural se configura entonces como objeto de debate abierto a todas al acuerdo o conflicto democrático, no obstante ello exige una consideración previa constituida por la evidencia de que, en los términos de Sartori (*ut supra*) la complejidad estructural de las sociedades no implica la existencia de dinámicas pluralistas, sino que es la adhesión de la diversidad de identidades nacional – culturales al debate y al espacio público la que lo hace. En esta línea, *“si la nación es un proceso abierto, y no un dato étnico-cultural objetivo, las consecuencias normativas que de ello se derivan son claras: la deliberación exenta de coacción debe presidir el horizonte normativo de la construcción nacional democrática”*¹²⁴.

Posibilidad esta que, en realidad, encuentra su virtud en el hecho de que con ella se permite entonces hacer realidad un principio esencial de toda democracia representativa: hacer a los individuos autores de su contexto y destinatarios del mismo.

Por otra parte, es necesario conciliar la existencia de una cultura nacional compartida, depurada de elementos con vocación excluyente y valores fuertes, con la presencia cierta de una voluntad política libremente producida. *“Esto es, la constitución de una nación se concita no solo con la presencia de determinados factores objetivos diferenciales como lengua o historia, sino también sobre la conciencia nacional, la voluntad de hacer (...) una interpretación de aquellos de entre las muchas posibles (...) la voluntad de participar y convivir en un mismo espacio territorial, de definir colectivamente un proyecto de futuro común”*¹²⁵.

¹²² Ibid.

¹²³ MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo (...) Op. Cit.*

¹²⁴ MÁIZ, R. *Nacionalismo, Democracia (...) Op. Cit.*

¹²⁵ Ibid.

En definitiva, *“que la nación sea una comunidad imaginada, que una nación exista cuando un grupo cree que constituye una nación significa a fin de cuentas, que su existencia objetiva depende de la conciencia intersubjetiva eventualmente compartida (siempre en distintos grados o en versiones contestadas) por los connacionales”*¹²⁶.

En esta línea, esto apunta a una visión más republicana de la democracia aplicado para el caso concreto de la nación, que además, se convierte en sí misma en un valor, al convertirse en un proceso dinámico de participación y deliberación, ampliando así en el sistema político el rol del pluralismo (nacional – cultural), necesario en toda concepción moderna de la democracia. La nación queda así dibujada como una entidad plural (y no monista), inclusiva (y no exclusiva), heterogénea (y no homogénea) y en permanente reformulación (y no perenne).

En conclusión, la nación *“se remite la conciencia nacional sobre la que se alza la creencia intersubjetiva de común pertenencia es la cultura nacional en el sentido depurado, tenue, plural, abierto y polifónico (...). Mas que como un plebiscito, la nación se presenta como un debate participativo, plural, inacabable en el que se ventila la lucha por la hegemonía de un país”*¹²⁷. Con ello, el relato (y el olvido, recordando a Renan) histórico, la lengua promovida por el Estado, la cultura que se fomenta (recordando a Miller) y la selección de mitos y símbolos (nunca neutrales), irrumpen en la esfera pública en aras de su definición en el debate plural de mayorías y minorías, alejando normativamente así a la nación del esencialismo monista (étnico y cívico).

Conclusiones

La capitalidad de la nación y la identidad nacional en las democracias contemporáneas parece difícilmente negable, su eficacia movilizadora, su fuerza emotiva y su capacidad de interpelación a los individuos hacen de ellas dos nociones de amplísimo interés desde el punto de vista de la Ciencia Política en general y de la Teoría Política en particular, especialmente si cabe concebir a la primera a modo de herramienta analítica de la realidad y a la segunda como el instrumento por el que añadir a aquella una valoración que oriente, en este caso a la nación y la identidad de esta derivada, en una determinada dirección.

En este sentido, la tarea indagatoria de la organización política de las sociedades contemporáneas topa, ineluctablemente, con la nación y la identidad que de esta deriva, motivo por el cual parece erigirse como tarea fundamental de la disciplina politológica el examen, primero, de la relevancia de la identidad nacional en los contextos actuales y, segundo, de la exploración de las condiciones de posibilidad de su posible integración con los principios de libertad, deliberación y republicanismo que se le deben exigir a la democracia contemporánea.

En este sentido, considero que en el ámbito de la nación y la identidad nacional es posible observar un fenómeno que se reitera en otros debates (género, familia, etc.) y por el que entre los interlocutores es posible diferenciar a quien emplea tal concepto para trazar una línea divisoria que lo plantee como una esencia – escondiendo siempre las evidentes exclusiones que con tal proceder se crea – y quienes lo ven como un proceso o una oportunidad de construcción de la diversidad en lo común.

¹²⁶ Ibid.

¹²⁷ Ibid.

Que la identidad nacional (entre otras) se puede emplear con intenciones inicuas es una obviedad. Huelga la remisión a la experiencia histórica del siglo pasado para fundamentar tal certeza cuando en el contexto del último lustro han proliferado en toda Europa y América opciones políticas que han apelado (y apelan) con mayúsculo éxito a la identidad nacional (mayoritaria) con el claro objetivo de obtener rédito electoral de su confrontación con otras identidades (minoritarias).

La reacción hostil a la inmigración y al multiculturalismo propios de un mundo globalizado o a la propia existencia de la pluralidad nacional – cultural dentro de las fronteras de los Estados – nación tradicionales se ha materializado en opciones electorales consolidadas en Francia, España, Estados Unidos, Hungría, etc. todas ellas paradigma de cómo orientar la identidad nacional hacia posibilidades excluyentes. Sin embargo, parece mucho más complejo transitar en sentido contrario (tanto en la praxis como desde una perspectiva teórica), esto es, articulando la integración de la pluralidad en las dinámicas políticas de las sociedades diversas (estructuralmente complejas) actuales no mediante la exclusión, sino a través de la inclusión, la reciprocidad, la solidaridad, la deliberación pacífica y el respeto mutuo.

En todo caso, el impacto (negativo o positivo) de la identidad nacional y su afirmación en la política institucional de todos los Estados occidentales (en virtud del pluralismo constitutivo del nacionalismo) parece constituir, más si cabe en el contexto actual, un campo fértil para el estudio académico no solo en virtud de su interés teórico sino también pragmático.

Asimismo, más allá quien plantea la nación como una diagonal divisoria que opera a modo de esencia excluyente, cabe concebir la identidad nacional desde una perspectiva diferente, desde la que contempla, en términos de Aimé Césaire, “*lo universal*” como “*depositario de todo lo particular, depositario de todos los particulares, profundización y coexistencia de todos los particulares*”¹²⁸. Desde esta óptica, parece resultar posible afrontar con éxito la integración de la diferencia nacional – cultural en un mismo espacio político.

En esta línea, considero que la aportación de Ramón Máiz constituye un muy significativo paso adelante. Más allá de las resonancias bauyerianas de su aportación a la comprensión de la nación (en ocasiones, el hecho de no ser escuchado con la atención debida en su momento no implica la pérdida de vigencia del discurso) resulta especialmente interesante comprender cómo a través de su definición de la nación como proceso *in fieri*, siempre en permanente construcción, susceptible a influencias externas e internas es posible dibujar una concepción de aquella y de la identidad nacional que rehúye del tradicional monismo de los Estados – nación y niega, al fin, la envenenada dicotomía que estos presentan a los individuos de las minorías que en ellos se encuentran: marginalidad y exclusión o aculturación.

La concepción de la nación plural – además de poder constituir la opción normativa con la apuesta más firme para materializar el principio de pluralismo político (en su vertiente nacional – cultural) en los sistemas políticos contemporáneos – aporta una solución viable para la convivencia de identidades diferenciadas en las denominadas, en términos de Kedourie, zonas mixtas¹²⁹.

¹²⁸ CÉSAIRE, A. *Carta a Maurice Thorez*, 1956 en *Discurso sobre el colonialismo*, Akal, 2006

¹²⁹ KEDOURIE, E. *Nacionalismo (...) Op. Cit.*

La relevancia práctica que ello implica resulta inconmensurable vista la potencial capacidad de traslación de la identidad al ámbito político – institucional y electoral; la más sucinta de las aproximaciones a la (*v.gr.*) realidad sociopolítica europea deja como primera conclusión la aprehensión de una realidad indudablemente categórica: todas las sociedades europeas destacan por la heterogeneidad de la infinidad de realidades que las componen, casi todos los países de Europa constituyen (en mayor o menor medida) zonas mixtas.

Llegados a este punto, semeja pacífico admitir que la caracterización de la nación negando la posibilidad de su clausura monista (a diferencia del comportamiento tradicional de los Estados nación, portador, ineludiblemente, de criterios etnocentristas) permite aportar al marco del debate sobre el nacionalismo una nueva posibilidad, pues parece complicado lograr una mejor conciliación pacífica de identidades que, en última instancia se basan en elementos diacríticos, que mediante la conceptualización de la nación como el marco de inclusión en que debatir y deliberar públicamente los elementos que le dan forma.

Además, desde esta óptica es posible considerar lo que a mi juicio constituye una figura cardinal en la política: las emociones. Negar a la política su capacidad emotiva supone un claro ejercicio de impugnación de una vertiente que legítimamente le corresponde. La política ni puede estar ni nunca ha estado constituida exclusivamente por la fría agregación de intereses. En efecto, la política constituye un ámbito de desarrollo y persecución de intereses y principios, pero racionalizar hasta el extremo la política supone, a mis ojos, amputarle una parte muy relevante de su esencia.

De hecho, en este sentido, la identidad nacional posee un profundo componente emocional, como bien adivinó Cascajo Castro analizando los procesos de construcción del Estado compuesto español derivado de la Constitución de 1978 desde una perspectiva jurídica (y, a mi juicio, ligeramente tributaria de una concepción tópica del nacionalismo): *“Al estudiar los (...) procesos de (...) descentralización política los juristas han aprendido que sin el conocimiento de los datos históricos y políticos precisos, resulta estéril cualquier enfoque dogmático de las formas territoriales del Estado. Han experimentado también la dificultad de llevar a cabo un análisis racional, cuando se trata de fenómenos que implican una tremenda carga emotiva”*¹³⁰.

No obstante, ello no implica reafirmar la artificial dicotomía discursiva entre razón/emoción, la cual en realidad ejemplifica una más profunda entre nacionalismo cívico y nacionalismo étnico que se apoya, claro está, en la pretendida racionalización de la actividad política. Al contrario, ante la emoción como pasión irracional desenfrenada generadora de sectarismos y potencial causa de conflicto social cabe apuntar la inextricable conexión entre pensamiento y emoción y la influencia de estas sobre la formación de voluntades y preferencias de los individuos.

En este sentido, la orientación de las emociones, la estimulación de unas u otras (el miedo, la ira, el enfado, la esperanza, la concordia, etc.) puede contribuir a orientar también la identidad nacional hacia posibilidades inclusivas o excluyentes. La vinculación entre una dimensión y otra parece más que evidente, sin que, por supuesto, esta sea causa para ilegitimar la dimensión nacional – cultural de la política.

¹³⁰ CASCAJO CASTRO J. L. *“Breves apuntes sobre la nueva planta del Estado de las autonomías”*, Historia Contemporánea, núm. 17, 1998, págs. 347 - 400

Podría hacerse aquí breve referencia al patriotismo constitucional habermasiano, pues es en este aspecto, en la distraída omisión que hace de las emociones en su orgullo (para el caso alemán) del establecimiento del Estado de Derecho tras la experiencia traumática del nazismo y de haber anclado en aquel y en su ley fundamental una cultura política liberal, donde es posible encontrar una de las causas de su declive (que se puede sumar a muchas otras críticas, como la infravaloración de los valores nacional – culturales y su influencia en los individuos, la sobrevaloración de las supuestas sociedades postnacionales y el universalismo moral, etc.)

Ante tal estado de cosas, creo necesaria la remisión a dos aspectos que efectivamente se tratan en los epígrafes de este trabajo, en primer lugar, a la superación de la acostumbrada dicotomía entre nacionalismo cívico/étnico y, en segundo lugar, la contextualización del individuo propia de los postulados del nacionalismo liberal.

En relación con lo primero, la necesidad de superar la arquetípica distinción académica entre nacionalismo cívico – enteramente político, voluntarista, perfectamente admisible – y un pretendido nacionalismo étnico – excluyente, totalitario, una de las figuras modernas del mal en palabras de Taguieff y desde el cual es posible trazar una línea recta hasta el nacionalsocialismo – se antojaba como una urgencia imperiosa a la hora de innovar en el tratamiento académico del fenómeno nacional. En esta línea, creo que ya no es posible (si acaso en algún momento lo fue) acertar a conocer adecuadamente la realidad nacional de las sociedades contemporáneas sin advertir que esa comunidad política enteramente voluntarista apuntada por el nacionalismo cívico no es tal.

No existe comunidad política que no esté embebida de componentes orgánicos, quizá los casos más ejemplificativos, el francés y el estadounidense, lo demuestren con la imposición implacable del francés y del conjunto de símbolos y mitos propios del medievalismo católico y el origen céltico y con el aseguramiento de la mayoría blanca, anglosajona y protestante, la segregación de la población afroamericana y la marginación de otras numerosas minorías respectivamente.

Si bien es hartamente conocida la capacidad de exclusión de la concepción de la nación fundamentada en elementos estrictamente orgánicos y heredera de aquellos, también es necesario conocer que no existe comunidad política que no encuentre punto de apoyo en legados étnico – culturales (de entre los que el idioma juega, sin lugar a ningún género de dudas un claro papel protagonista). Todo cuanto resta es absoluta entelequia.

En todo caso, tanto lo postulado por el (irreal) nacionalismo cívico como por el étnico (igualmente irreal) en la praxis peca de un mismo defecto: su incompatibilidad evidente con los principios del pluralismo político de la democracia contemporánea. En este sentido, solo la aportación de la nación pluralista de Máiz parece dar respuesta coherente a dicho dilema.

Por lo que respecta al nacionalismo liberal, sucintamente, he de apuntar que encuentro en las tesis de Tamir, Kymlicka y Miller (fundamentalmente, en tanto que grandes nombres de esta corriente en lengua inglesa) una serie de argumentos convincentes que también comparten espacio con otras tantas debilidades que, sin embargo, no por ello desvirtúan su aportación.

En primer lugar, creo situarme en total acuerdo con Tamir cuando apunta que el objetivo del nacionalismo no es político, sino cultural, de forma tal que solo los medios para la consecución del fin cultural son enteramente políticos.

En esta línea comparto la reflexión de la israelí cuando afirma que es el deseo de afianzar la existencia y florecimiento de una comunidad en particular lo que pone en marcha los fenómenos nacionalistas, que *“los movimientos nacionales están motivados por el deseo de asegurar (...) una comunidad concreta, de preservar su cultura, su tradición y su lengua, más que la toma del poder estatal. Esta afirmación no equivale a (...) que el nacionalismo no tiene objetivos políticos (...) sugiero que el nacionalismo no debe verse como un mero esfuerzo por controlar (...) las instituciones del Estado; el poder político es el medio, mientras que el fin es cultural”*¹³¹. Y además opino que es esta una asunción implícita en toda tesis que pretenda rehuir de la ecuación monista del Estado – nación y del principio de las nacionalidades, pues sino lo fuera no quedaría otra posibilidad que unir inextricablemente el objetivo cultural al político y, por tanto, acceder a la consecución de un Estado para cada nación.

También creo fundado el aporte del nacionalismo liberal sobre el individuo contextualizado, heredero evidente de las críticas comunitaristas al liberalismo político, a pesar de la aprehensión de Rawls de tal circunstancia cuando afirma que no cabe concebirnos como individuos autónomos sino es *“en la sociedad y cultura cuya lengua empleamos en conversación y pensamiento para expresarnos y entendernos a nosotros mismos”*¹³² o de la *“la sociedad y la cultura de cuya historia, costumbres, y convenciones dependemos para encontrar nuestro lugar en el mundo social”*¹³³, que no obstante no devalúa la aportación de Tamir.

Al igual que antes, considero poco posible deslindar absolutamente al individuo, y las actuaciones de este, del contexto cultural en que se ha socializado (el horizonte de inteligibilidad al caso), en primer lugar por la necesidad de concebir al ser humano como animal social, en segundo por la interiorización de aquel de determinadas instituciones que determinen sus comportamientos futuros. Descontextualizar al sujeto de su circunstancia parece un ejercicio de abstracción posible en el plano teórico, pero no en la práctica.

Por lo que respecta a la cuestión de concebir la nación a modo de comunidad ética de compartición de deberes morales en los términos en los que lo hace Kymlicka, si bien es esta una aportación de interés y ciertamente operante, en tanto que identifica a la nación como matriz de vínculos de solidaridad entre sus miembros a través de la constitución de intereses y afectos específicos entre sus miembros, creo también que hacer recaer la obligación moral en una reacción sentimental que puede ser superada por tantas otras (familia, género, etc.) y que deja de ejercer su papel en contextos determinados (v.gr. extrema necesidad) provoca la mengua del valor de esta aportación, al igual que lo hace el no tener en cuenta la complejidad estructural de la diversidad y su interacción, apuntando solo a la existencia de deberes compartidos entre aquellos individuos que comparten identidad.

De tal manera, cabría preguntarse si existen acaso deberes morales en relación con otros miembros de la sociedad con quienes se comparte espacio político pero no comparten identidad, ¿acaso no hay obligaciones morales hacia ellos?

¹³¹ TAMIR, Y. *Liberal Nationalism (...) Op. Cit.*

¹³² RAWLS, J. *Liberalismo político*, 1993

¹³³ Ibid.

Finalmente, parece especialmente acertada la concepción de la nación como foro de deliberación democrática, entendiendo ésta en los términos en los que hace Tamir, esto es, a modo de esfera en que el individuo pueda proceder a la exposición libre de aquellos asuntos que se encuentren lindados a su identidad. Es posible apuntar que esta expresión pública contribuye a la normalización de la diferencia en el debate público y a la problematización de la identidad nacional – cultural en el espacio público, abriendo con ello la puerta a las concepciones pluralistas de la misma y, especialmente, obstaculizando la exclusión de identidades minoritarias que, anteriormente, han adquirido un alto grado de visibilidad.

Asimismo, semeja razonable pensar que la existencia de una mayor obligación moral hacia los connacionales sí podría dar causa, como cree Miller, a un refuerzo de la participación de los sujetos en la actividad política, debido a la existencia de vínculos de solidaridad.

Por último, a modo de conclusión final, creo que en su conjunto, tanto el nacionalismo liberal como las concepciones pluralistas de la nación contribuyen con notable éxito a comprender una figura en su dinámica dentro de los Estados democráticos de hoy, en cuyo corazón se incardina, que diría Máiz, insoslayablemente.

En este sentido, la necesidad objetiva de comprender los fenómenos nacionales (y con ellos su fundamentación normativa, su capacidad de movilización, su impacto sobre la política institucional y electoral, etc.) exige partir de su integración con los principios liberal – democráticos, objetivo que se logra, como hemos dicho con significativa eficacia desde los postulados de ambas perspectivas.

Anexos

Anexo I

Shakespeare, W. *“El rey Ricardo II”* Acto II

“This seat of Mars /This other Eden, demi-paradise/This fortress built by Nature for herself /Against infection and the hand of war / This happy breed of men, this little world /This precious stone set in the silver sea / Which serves it in the office of a wall (...)/ Against the envy of less happier lands / This blessed plot, this earth, this realm, this England/This nurse, this teeming womb of royal kings (...) This land of such dear souls, this dear, dear land”

Anexo II

Quevedo

“Miré los muros de la patria mía, / si de un tiempo fuertes ya desmoronados / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía (...) Vencida de la edad sentí mi espada, / y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte”

“Un godo, que una cueva en la montaña / guardó, pudo cobrar las dos Castillas; / del Betis y Genil las dos orillas, / los herederos de tan grande hazaña (...) Y es más fácil, ¡oh, España!, en muchos modos, / que lo que todos les quitaste sola / te puedan a ti sola quitar todos”

Anexo III

Maquiavelo, N. *El Príncipe* Cap. XXVI. *Exhortación a liberar Italia de los Bárbaros,*

En lo cuanto respecta al tercero la referencia a las potencias extranjeras que se encontraban en suelo italiano como “bárbaros”, la denuncia del sufrimiento del pueblo italiano (“que se viera castigada, despojada, encarnecida e invadida”) o la alabanza y enaltecimiento del pueblo y valores italianos dan igualmente viva muestra de una conciencia y de una identidad nacional de un Estado que aún no existe (“ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros. Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuñe” e “Italia no carece de arcilla modelable (...) Advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. (...) Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros”).

Bibliografía

ALMOG *Antisemitism Through the Ages*, Oxford: 1988

BELL, D *The Cult of the Nation in France*, Cambridge, Harvard University Press

BENEDICTO RODRÍGUEZ, R. *Charles Taylor: el ser humano y el bien*, Universidad de Zaragoza, 22 septiembre de 2010

BERLIN, I. *Against the current*, Oxford: Oxford University Press, 1979

BERLIN, I. *Apuntes sobre el nacionalismo*, 1964, en *Isaiah Berlin. Sobre el nacionalismo. Textos escogidos*, Página Indómita, Barcelona, 2019

BERLIN, I. *Dos conceptos de nacionalismo*. Entrevista con Nathan Gardels, 1991.

BLASCO SOLER, E. "Triste reacción" *El Liberal* 16/3/1898

BOBBIO, NORBERTO. "Pluralismo". En: BOBBIO, NORBERTO; MATEUCCI, NICOLA Y PAS QUINO, GIANFRANCO (Dir.). *Diccionario de política*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1998.

BRUBAKER, R. *"Ethnicity without groups"* Cambridge, Harvard University Press, 2004

CABRERA, J. La reproducción del sistema ideológico nacionalista, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 54, 1991

CANTERA ORTIZ DE URBINA, J. "Lengua e imperio en la política de la Revolución Francesa y sus antecedentes en la Península Ibérica en el siglo XVI", *Revista de Filología Francesa*, núm. 1, Editorial Complutense, Madrid, 1992

CASCAJO CASTRO J. L. "Breves apuntes sobre la nueva planta del Estado de las autonomías", *Historia Contemporánea*, núm. 17, 1998, págs. 347 - 400

CÉSAIRE, A. , *Carta a Maurice Thorez*, 1956 en *Discurso sobre el colonialismo*, Akal, 2006

CÉSAIRE, A. "Negrerías: juventud negra y asimilación" *Meridional*, *Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, núm. 10, abril – septiembre de 2018, págs. 211 – 214

CHURCHILL, W. *We shall fight on the beaches*, Discurso ante la Cámara de los Comunes, 4 jun. 1940

DAHL, R. A. *La democracia y sus críticos* Paidós, 1992

FICHTE, J. G. "Discursos a la nación alemana", 1807

FICHTE, J. G. "Los fundamentos del derecho natural" Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994

FRIJHOFF, W. "Instruir y formar. La educación como objetivo, instrumento y esperanza en la Revolución francesa", en OSSENBACH, G. Y PUELLES, M. "La Revolución francesa y su influencia en la educación en España", Madrid, UNED-UCM, 1990

- FUKUYAMA, F. *El fin de la historia*, The National Interest, Verano 1988
- FUKUYAMA, F. *Identity. Contemporary Identity Politics and the Struggle for Recognition*, 2018
- GEWIRTH, A. *Ethical Universalism and Particularism*, Journal of Philosophy, n.85, 1988
- GIL DELANNOI, P. y Taguieff, A, *Teorías del nacionalismo* Paidós, 1993
- HABERMAS, J. La inclusión del otro. Estudios sobre teoría política, Paidós, Barcelona, 1999
- HABERMAS, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 1989
- HELD, D. *Democracy and the global order*, Polity Press, Cambridge, 1995
- HROCH, M. *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985
- JUDIS, J.B. The nationalist revival. Trade, immigration and the revolt against globalization, Columbia Global Reports, 2018
- KAUTSKY J. H. (ed.) *“Political change in underdeveloped countries: nationalism and communism”*, John Wiley, New York, 1962
- KEDOURIE, E. *Nacionalismo*, Alianza Editorial, 4ª Edición, Madrid
- KYMLICKA, W. 2013. Multiculturalism: Success, Failure, and the Future. Transatlantic Council of Migration.
- KYMLICKA, W. *Politics in the Vernacular, Nationalism, Multiculturalism and Citizenship*, Oxford, 2001
- KYMLICKA, W. *States, nations and Cultures*, Van Gorcuum, Amsterdam, 1997
- LAFORREST, G. *Liberalismes et nationalismes Quebec*, 1995
- LLAMAZARES, I *“Entre la comunidad y la diversidad. Aproximaciones recientes a los dilemas de la organización territorial del poder”* Revista de Estudios Políticos, núm. 186, 2019
- MÁIZ, R. *“El lugar de la nación en la teoría de la democracia y el nacionalismo liberal”* Revista Española de Ciencia Política, Núm. 3, Octubre, 2000
- MÁIZ, R. *“Nacionalismo e inmigración en Francia: La Republique une et indivisible y el affaire du foulard”*, Revista Española de Estudios Políticos, núm. 129, julio – septiembre, 2005.
- MÁIZ, R. *Nacionalismo y federalismo. Una aproximación desde la Teoría Política*, Siglo XXI, 2018
- MÁIZ, R. *“La hazaña de la razón: la exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna”* Revista de Estudios Políticos (nueva época), Madrid, Núm. 149, julio – sept. 2010
- MAQUIAVELO, N. *El Príncipe*, 1532

- MAZZINI, J. *The duties of man and other essays*, London: J. M. Dent & Sons, 1907
- MEARSHEIMER, J. “*The Great Delusion. Liberal dreams and international realities*” Henry L, Stimson Lectures, 2018
- MILLER, D. *On Nationality*, Clarendon Press, Oxford, 1995
- MORIN, E., “*Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*”, Ed. Paidós, Barcelona, 2001
- PECES – BARBA MARTÍNEZ, G. “*Pluralismo y laicidad en la democracia*” Tribuna de Opinión El País, 27 de noviembre de 2001
- POPPER, K. “*En busca de una teoría racional de la tradición*”, Tercera Conferencia Anual de la Rationalist Press Association, el 26 de julio, 1948
- POPPER, K. *La sociedad abierta y sus enemigos*, 1945
- RAWLS, J. *Liberalismo político*, 1993
- RENAN, E. “*¿Qué es una nación?*” Conferencia dictada en la Sorbona, París, 11 de marzo de 1882
- ROKKAN, S. “*State formation, nation – building, and mass politics in Europe*”, Oxford University Press, 1999.
- SARTORI, G. “*La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*”, Taurus, 2001
- SASSEN, S. *Towards Post – National and Denationalized Citizenship*, University of Columbia, 2002
- SHAKESPEARE, W. *El rey Ricardo II Acto II*, 1595
- SMITH, A. *La identidad Nacional*, Trama Editorial, Madrid, 1997
- SMITH, A. *The nation made real: art and national identity in Western Europe, 1600 – 1850*
- TAGUIEFF, J. P. “*La République menacée*”, Paris, Textuel 1996
- TAMIR, Y., *Liberal Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1993
- TAYLOR, C. *Philosophical Papers*, 2 vols. Cambridge: Cambridge University Papers, 1985
- VIROLI, M. “*For*
- Manuel Valls, Declaración Institucional de 20 de enero de 2015
- <https://es.globalvoices.org/2016/10/05>
- <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20160921/sarkozy-galos-5390521>

